

74
MB 1633 (1)

EL

J.

ROPAVEJERO LITERARIO,
EN LAS FERIAS
DE MADRID.

OBRA TAN UTIL COMO LAS MAS,
Y TAN INOCENTE COMO POCAS.

DALA Á LUZ

D. DESIDERIO CERDONIO.

59444



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1799

Ayuntamiento de Madrid



ADVERTENCIA

AL QUE LEYERE.

Claro está que la tal advertencia es escusada para quien no leyere, pero los escritores estamos en posesion de tiempo inmemorial para decir verdades de Pero Grullo. Pues, Señor Leyente, este es un libro, y allá va otra Perogrullada, pero libro propio de Ferias; quiero decir, que asi como los Ropavejeros embarazan calles y portales con todo genero de

de harapos, no era justo que los literatos de este gremio dexasemos de salir con algun mueble de los que acostumbramos. Si esta obrilla no pareciere tan útil como pudiera, juntela vuesarcé con otras infinitas que se publican y cacarean al cabo del año; por lo menos no se encontrará en ella cosa que pueda corromper las costumbres, ni trastornar la razon. Si á alguno le hace bostezar, se hallará mi obra en el mismo caso que otras muchas que se anuncian como producciones estupendas y de pri-

primera necesidad; y si hace
dormir, haga Vmd. cuenta
que envió á la botica por
un narcotico, tanto mas útil,
quanto no le destruirá la sa-
lud, y puede repetir el re-
medio siempre que lo nece-
site, sin desembolsar nuevo
dinero. En suma yo he he-
cho lo que he podido; y si-
no logro divertir todo lo
que quisiera, juro á fe de
literato honrado, que ha si-
do por pura incapacidad, y
no con mala intencion. Crean-
lo Vmds. así, Señores lec-
tores, así les venga tanto flu-
xo de leer esta vagatela, co-
mo

mo han tenido por otras, que
valen tanto como esta, que
es harto ponderar. Buenas
Ferias, amigos; yo espero
tenerlas mejores que otras
si Vmds. me protegen.



CAPITULO PRIMERO.

Particularidades de las Ferias.

Nuestra Feria no es como muchas de España. Porque estas son de comercio; y la de Madrid solo es de cachivaches, de juegos de muchachos, de sillas y esteras; en aquellas se interesan bastantes caudales, y en ésta por lo regular solo los bienes de algunos artesanos de mediana fortuna.

Pero esta Feria tan poco interesante conmueve mas que puede imaginarse, y merece la atencion del Filósofo que medita y observa sobre todo. Largo tiempo antes se siente una general conmocion en lo interior de las familias. Estudian unos el modo de presentarse con un nuevo adorno, aunque sea empeñando una posesion ó una alaja, ó aumentando el número de sus

A acree-

acreedores : otros calculan las ganancias que su industria ó su maña puede producirles.

Antonio forma el plan de diversiones y locuras , é incita á sus amigos á el desorden y la disolucion. Casilda espera lograr algun ensanche de sus ancianos padres , y lucirlo con su ayroso plumage y su rica bata. Antonia no duda hallar un novio en el bayle , ó en el paseo. Florisa cuenta dexar sus amos y pasar las Férias en casa de su Paysana.

En la casa de Estevan reynaba antes la paz y la quietud , pero la Feria lo ha trastornado todo. Su muger y su familia quieren brillar con un nuevo trage , le importunan , le ruegan , le amenazan , le sofocan ; en vano opone el juicio , la prudencia y paciencia ; es inutil decirles que su renta es corta , que está empeñado , y que son grandes los gastos precisos : triunfa el capricho y la vanidad : el buen hombre cede desesperado y aburrido. ¿Quién será capaz de pintar los males , los daños que

se

3

se siguen de esta locura, que al principio solo parece un pasatiempo?

La imaginacion nos engaña las mas veces con sus falsos y errados discursos, tal se cree infeliz no siéndolo en la realidad, y tal se juzga dichoso siendo el mas desgraciado; de antemano nos lisonjea con una fortuna que luego se convierte en desdicha, ó nos asusta con un contratiempo que nunca llega.

El Mercader que creía sacar de su almacén de enredos inmensas ganancias se desvanece como el humo, y una chispa reduce á pavesas las relucientes gasas tan bellamente dispuestas y colocadas.

El terreno que el otro pensaba empeñar es destruido por una inundacion repentina, sus acreedores le persiguen, son seqüestrados sus pocos bienes, y él pasa las Férias léjos de su amada familia, encerrado en una obscura prision.

Casimiro está espirando en tanto que sus amigos se alegran y divierten

†
ten. Jacinta pierde á sus padres , y con ellos sus bienes y fortuna.

Nicolasa queda muy desfigurada de las viruelas , y no se atreve á presentarse en público ; ella pierde el amante que su hermosura debia proporcionarle : este era un calabera , con quien hubiera sido infeliz ; su fealdad que ella miraba como su mayor desgracia la causa una gran fortuna ; en la soledad perfecciona su educacion , y aumenta su juicio : un hombre rico y virtuoso se casa con ella , y la hace dichosa.

Esta conmocion no reyna solo en Madrid , se extiende á las Provincias mas remotas , y alcanza hasta la extremidad del glovo.

Anita , que vive en una Ciudad de las mas distantes de la Capital , se figuraba ver las Ferias , lograr quantas diversiones ofrece la Corte , tomar su tono , y volver á su Pueblo con nuevas modas , que la distinguiesen de sus compañeras , y por muchos dias la hiciesen el objeto de la estimacion
pú-

5
pública : pero aunque para lograrlo hizo las mayores instancias , y buscó empeños , sus juiciosos padres la negaron la licencia , y ella pasó el tiempo que creía dar á la diversion entregada al llanto y al dolor.

Felipa , léjos de la Corte , y sin haber estado jamás en ella , se habia formado la idea mas elevada de este Pueblo , su nombre solo tenia para ella una particular gracia , pensaba continuamente en él , y siempre con un sumo entusiasmo : le creía el centro de los placeres , de las dilicias y del gusto ; allí solo se disfrutaba la felicidad y el contento , y la vida era un círculo de diversiones. Quanto venia de Madrid merecia á el instante su aprobacion y cariño , bastaba para hacerle gustar de la cosa mas ridícula decirle que era venida de la Corte. Su nuevo esposo la promete complacerla , y llevarla á la Feria ; ¿quién podrá pintar su alegria ? revolvía en su mente las mas lisonjeras ideas , y formaba los quadros mas agradables : ya se figura-

ra-

raba en un teatro magnífico rodeada de quanto el luxo y el gusto pueden inventar de mas delicado y costoso. Se creia en la Ópera oyendo un harmonioso concierto y viendo el bayle mas agradable y divertido. Las calles, los paseos eran unos portentos del arte; ella rodeada de tantos placeres recibia las adoraciones de todo el mundo, porque la habian dicho que las Damas eran obsequiadas y estimadas en la Corte hasta el exceso. De este modo era suma su inquietud, contaba los dias, las horas, los minutos que faltaban, y cada momento se la hacia un siglo.

En el último del Asia, en Manila, se queja Camila de no estar en Madrid y ver la Feria, trae á la memoria los paseos que el año antes dió en la Plazuela de la Cebada, las modas que compró, y las amigas que la acompañaron por la noche. Siente no poder tener un Globo que la transfiera á la Corte, en nada estima ya los bienes que la rodean, quince dias de diversion en la Feria la parecen superiores

res á todas las riquezas del Asia.

El tiempo de las Ferias es el mas acomodado para los placeres y diversiones, van mitigándose los abrasados calores del Estio: la naturaleza, que nos presenta sus mas preciosos frutos, entre las flores de la Primavera que la industria del hombre hace renacer, nos combida á el placer y la alegria. Pero al irnos á abandonar á ellos acordémonos del frio, del triste y riguroso Invierno.

CAPITULO II.

Centro de la Feria.

En el centro de la Feria no se ve mas que sillas, esteras, ollas, y demas muebles domésticos, que forman montones altísimos y calles regulares: estos muebles son de los mas comunes y bastos, pero al mismo tiempo de suma utilidad: no se ven en esta Plazuela los grandes objetos del luxo, estos se hallan en los ricos almacenes de las prin-

principales calles, en las cuales por todo el año parece reynar una Feria continua; es necesario advertir como de paso que una cofia ó un prendido de los que se venden en estos puestos valen tanto como un monton de muebles de los que se hallan en el otro; la cofia dura solo quatro dias, y sirve para hacer mas brillante la cabeza de una Dama, los demas muebles pasan de padres á hijos, y son bastante necesarios. Pero estas reflexiones son demasiado serias, dirá alguno, y tendrá razon.

Observemos la astucia de los vendedores, y hablemos de las utilidades de la Feria. Al frente de cada monton se ve uno de aquellos vendedores que asalta á todos los que pasan, y que con mil mañas quiere forzarlos á que le compren sus géneros; los alaba y pinta como los mejores y mas baratos; todos son sus parroquianos, á todos promete hacer gracia y equidad, y arreglarle un precio equitativo y justo: todo el que pasa tiene que sufrir una descarga de gritos é importunaciones.

Ca-

Cada vendedor empuña en una mano el mejor mueble de su puesto, y se le presenta al pasajero, obligándole á que le tome con ruegos y súplicas molestas. Aquí le enseña uno una botija, ó xarra, otro le presenta un plato, aquel quiere le compre un felpudo: todos persiguen y aburren al que pasa, que á veces ajusta, y aun compra lo que no necesita para acallarlos y contentarlos.

Los roncós y ásperos gritos de los regatones, meclándose con los agudos y penetrantes chillidos de las fruterías forman una confusa, desordenada y desapacible música, que penetrando los oídos de los petimetres, hiere y trastorna su delicado tímpano.

Yo contemplo con gusto y complacencia la industria y aplicación de los que venden y compran, y como cada uno procura aumentar sus bienes y enriquecerse; comparo la FERIA á una junta de aplicadas hormigas: veo los caminos cubiertos de tropas numerosas de Lugareños, que alegres y contentos

tentos conducen los preciosos frutos de su continuado trabajo ; por otra parte la muchedumbre de gente que entra y sale sin cesar, llevando unos los géneros que han comprado para su acopio domestico, otros los que desean vender.

¿Pero podré dexar de observar al mismo tiempo la insaciable avaricia, la mala fe, el engaño y el fraude que reyna en el corazon de muchos ? El uno engaña á su comprador, haciéndole creer que le hace gracia en el precio, y le lleva el doble de su justo valor: baxo una bella apariencia vende el otro efectos de poca dura y de mala construccion, y tal vez dañosos y perjudiciales á la salud. ¿Qué diré del regaton que compra á los Lugareños todos sus frutos y géneros á un precio ínfimo para luego venderlos en doble mas de lo que les costó.

CAPITULO III.

Muebles inútiles.

Este gran número de muebles y tiendas que llenan las calles, las plazuelas y los callejones, forman una multitud de objetos de diversion y entretenimiento, y hacen de todo Madrid una sola Feria, por qualquiera parte se halla un gran número, de las que hasta los portales estan llenos.

Se ven mil géneros de pinturas, adornos y trastos domésticos, desde los mas costosos, hasta los mas baratos, desde los mas de moda y gusto, hasta los mas antiguos y groseros.

Parece que todo lo que se guarda en lo interior de las casas sale estos dias á embarazar las calles, y presentar con su caprichosa union el espectáculo mas vario y agradable. Desde las mas preciosas y finas porcelanas que se guardan entre cristales en los mas retirados gabinetes, hasta los viejos y rotos trastos que yacen luengos siglos ha amon-

to-

tonados en los mas sucios desvanes, salen á adornar el exterior de las casas y sus portales ó entradas.

Es para mí en estos dias la mayor diversion pasear las calles, y detenerme á mirar despacio y con reflexion las Prenderias.

Aquí hallo un ancho y despejado portal, lleno de los muebles mas preciosos, veo acinados en él los burós, y las cómodas de las mas exquisita maderas, y de la mas delicada construccion, los canapés, los sofás y sillas de damasco, primorosamente bordadas, las porcelanas mas finas, y los mas costosos relojes de sobre mesa; rodean estos muebles una tropa de gentes, que alaba y estima estas cosas, no con respeto á su valor y mérito, sino segun su capricho, ó su deprabado gusto.

Una Señorita admira lo costoso de una mesa, ó de una cómoda, y dice con entusiasmo *es de moda*, y no repara en si es de buen ó mal gusto. Llámales la atencion á sus pequeños hermanos un bamboche de china, porque tiene una
bo-

boca muy grande, unas orejas disformes y una barriga como un tonel.

Alaba el Majo los galones de plata y la prodigiosa multitud de botones de una chupa de Manolo. La Aldeana, con un palmo de boca abierta, lo mira y remira todo, lo toca y manosea: se pasma del oro y la pedrería, y contempla como la mas primorosa y exquisita pieza la pesada y ridícula ojarrasca que rodea los quadros y espejos.

Un Pisaverde afectado, lleno de dices y olores, entra seguido de una tropa de monos é ignorantes como él haciendo mil estudiadas contorsiones, meneos, corcobos y gestos: al instante, incomodando y trastornando á todos, se hace lugar por entre la gente, mira con su antejo un quadro de mamarrachos, y con una suficiencia enfadosa dice en altas voces, de modo que todos le oigan, que es la mejor obra de Rafael, y al instante se pone á explicar menudamente las bellezas que cree percibir en él, diciendo mil disparates en cada palabra: á una mala pin-

pintura de algun Orbaneja la bautiza por de Velazquez, dice que tiene la copia, pero que desea el original, y cree haber engañado á su dueño, porque se la da en veinte doblones. De una medio rota figura de marmol, dice que es un residuo precioso de lo mejor, de la antigüedad, y porque la ve con una toca, velo en la cabeza, y facciones de muger, dice que es una Vestal.

En tanto un roto y andrajoso Diógenes, que ha estado despreciado en un rincon, callando y observando, viene á introducirse en la conversacion, sigue el humor á todos, les hace decir los mayores disparates y desatinos, y creer las mas grandes patrañas, y de este modo bien á su sabor se rie y mofa de todos: solo uno ú dos comprenden su doblez, los demas, gracias á su ignorancia, estan de buena fe.

Salgo de aquí, y hallo la Plazuela vecina toda ocupada de trastos viejos, y de muebles antiguos: aquí se ven sobre una mesa medio derrengada una porcion de basquiñas viejas, mezcladas en
tre

tre una gran copia de casacas, botas, zapatos, candeleros, quadros y espadines: allá cuelgan de un velador unos hábitos de estudiante, una capa, unas cortinas y una porcion de peluquines: se ven delante montones de colchones, bancos de cama y trastos de cocina confusamente mezclados y esparcidos por una y otra parte.

Rodean estos muebles una porcion de gente ociosa, que solo viene á ver y pasar el tiempo, y forma una muralla dificil de penetrar á los que vienen á ajustar alguno de ellos.

Cada uno de los compradores se inclina á aquello que es mas propio de su carácter, análogo á su profesion, ó que le es mas necesario. Un espadachin corre todas ellas, y revuelve las esperas, los cofres y baules por hallar una espada antigua de Toledo. El recién casado, seguido de su muger y criadita, va trepando por los banquillos de las camas; asaltando los desordenados montones, y metiéndose entre el vidriado, hierro, baules y lios de ropa: aquí le-

van-

vanta un colchon , y entremedias halla una porcion de camisas y un puñado de corbatines , mas allá abre una cómoda , y dentro halla mas chismes y trastos que hubo animales en el arca de Noe; el buen hombre por poco dinero equipa su casa de todo lo necesario , adorna y compone la sala , la alcoba y la cocina de viejos y rotos trastos.

Yo no puedo menos de hacer aquí el elogio de la dura, eburnea, tiesa y fuerte cabeza de los prenderos. Yo los observo , miro y exâmino siempre con la mayor sorpresa y admiracion. He visto á uno solo gobernar el gran círculo de gente que rodeaba su ajuar; contener las oleadas que de quando en quando amenazaban caer sobre sus ridiculos muebles , despachar á un mismo tiempo á quatro ó cinco , responder á las preguntas inconexas de otros tantos , correr , ó por mejor decir , volar como un águila por entre aquellos riscos , despeñaderos , cimas y abismos que forma la caterva de sus chismes,

sacar dos ó tres en la mano , y repar-
tirlos á sus dueños, ajustar, regatear,
llamar y atraer á media docena de
gentes, consultar continuamente á un
mugriento libro, donde en peores ca-
ractéres que los del siglo XIV. tenia
sentado el valor y la tasa de los mue-
bles.

Pero ¡oh habilidad! ¡oh dureza de
cascos! Nunca equivocarse, trastor-
narse, confundirse, ni desvanecerse;
jamás vender en menos de lo que con-
viene, nunca tomar precio ínfimo por
mayor, nunca errar la cuenta, ni equi-
vocarse en el dinero; y en fin no ser
engañado por tantos, y él solo con arte
y maña engañar á bastantes.

CAPITULO IV.

Cuento moral.

El oro, las pedrerías, los diamantes,
los jaspes, los mármoles y los
bronces brillaban por todas las ventan-
as de un quarto baxo. Yo entré en

B

él

él, y quedé extrañamente sorprendido á el ver tanta riqueza atesorada en tan breve recinto. Los mas preciosos dones que ofrecen las quatro partes del mundo parecian haber concurrido á porfia á adornar aquel templo del luxo. No se veia otra cosa que tersas y anchas tablas de cristal, bordados de oro y pedrerias, en los que el primor del arte borraba el valor de la materia: hallábanse allí las ricas estofas que se fabrican en China, y en todo el Levante, las mas finas pieles del Canadá y del Norte, y se admiraban los mas particulares relojes estimables, no solo por sus costosos y delicados adornos, si tambien por la solidez y mérito de la obra principal y las graciosas invenciones que la acompañaban; los mas bellos quadros de Rafael, de Velazquez, y del Correggio, y las mas primorosas estampas de los Ingleses.

Un concurso inmenso admiraba tantas riquezas unidas, aquellos en quienes se junta el gusto con el poder

der pagaban por un solo quadro ó mueble de aquellos sumas inmensas: el valor de tan costosos adornos subia entre todos juntos á muchos millones, y la pérdida sola, (por haberlos de dar para lograr su despacho en menos de su valor y coste) á muchos miles.

Todos estos bienes pertenecen á Laura, viuda de un rico Comerciante, y su única heredera. Ella solo los vende para adornar de nuevo su casa segun su capricho ó idea, pues tiene bienes quantiosos para matenerse, y solo piensa en el luxo y en la disipacion.

Yo salia de esta casa haciendo mil reflexiones bastante filosóficas, é interesantes, y al revolver una esquina hallé en medio de una callejuela un colchon quasi podrido, un belon roto, una camisa llena de agujeros, una porcion de pingajos dentro de un cofre roido de ratones, y algunos otros trastos de tan poco valor como los anteriores.

Supe á el instante que estos muebles eran de una infeliz viuda de un honrado, pero desgraciado Artesano, únicos bienes que su esposo la habia dexado para mantener media docena de hijos que la quedaban.

Todo penetrado de dolor no pude menos de acordarme de los ricos adornos y muebles de la otra viuda que acababa de ver. ¡Qué comparacion tan horrorosa y terrible se ofrece entónces á mi imaginacion! ¡Qué ideas tan tristes y melancólicas se me presentan!

Veo los dos mas contrarios extremos. Laura rodeada de riquezas, vende los costosos adornos de su casa para seguir sus caprichos y locuras, para disipar y derrotar mas. Eufrasia (este es el nombre de esta segunda viuda) vende sus rotos trastos para tener un pedazo de pan con que alimentar sus tiernas criaturas.

Entonces me acuerdo que un rico caballero habia comprado un minuto antes en la almoneda de Laura un

es-

quisito reloj en mil doblones : ni el que lo compraba , ni el que lo vendia necesitaban el dinero ni el reloj. Tenian mas que suficiente de uno y otro: estos mil doblones hacian la fortuna de Eufrasia y sus seis hijos. Con este dinero podia alimentarlos y enseñarlos un oficio que los hiciera útiles á la Sociedad , de que eran individuos.

Esta nueva reflexion me acaba de entristecer , y me hace derramar tier-
nas lágrimas de dolor. ¡Qué conmociones sentia yo entonces en mi interior?

Pero si mi corazon se veia afligido con tan terrible espectáculo , si los sentimientos de humanidad me hacian gemir y estremecer ; qué consuelo , qué satisfaccion no sentí en mi interior á el ver un hombre tan poderoso como benéfico , que sin detenerse un punto dá doscientos doblones por aquellos andrajos , y los hace conducir á su casa , sin querer sacrificar un solo ochavo para aumentar y
en-

enriquecer su galeria de pinturas con uno de los mejores quadros de Velazquez.

Contempla, medita y reflexiona muchos ratos delante de aquellos miserables andrajos, teniéndolos delante siente mas dulces, mas tiernos placeres, mas gusto y complacencia que admirando la valentia de pincel, la naturalidad, la expresion, la belleza de colorido del quadro de Velazquez.

Las consideraciones, las meditaciones é ideas que forma podrian llenar un volumen capaz de hacer revivir los sentimientos de humanidad que se ven como apagados en el corazon de muchos.

El mayor placer, pues, de las almas virtuosas y sensibles es emplearse en beneficio de la humanidad, socorriendo á los infelices.

CA-

CAPITULO V.

Literatura Rancia.

Tambien los libros tienen su lugar en nuestra Feria: las esquinas están entonces oprimidas mas que nunca del peso de los carteles, seguidos unos en otros forman diversas filas, y componen una historia viva de nuestra Literatura actual, porque entonces se vuelven á anunciar muchas obras atrasadas que no se pudieron vender, ó de las que aun quedan algunos exemplares, y se publican tambien otras de nuevo: se sabe que los libros no se venden mal en este tiempo.

Hay tambien almonedas de libros que igualmente llenan y pueblan toda la Villa, se ven altas montañas de gruesos *in folios* en pasta, ó en pergamino, que suelen venderse á peso, y con la mayor equidad: estos libros regularmente son de Leyes, de Filosofía Aristotélica ó tratados de Medicina: como sobre estas tres facultades

tades se han escrito tantos libros inútiles y ridículos, se hallan en los camaranchones Bibliotecas enteras de ellos, que sirven por buena suerte de envolver especias. Pero entremedias de tanto farrago suele hallarse algo de bueno, y entre un monton de pesados, confusos é inútiles comentadores, intérpretes y explanadores encontrarse alguna vieja y antigua edicion de la Odisea de Homero, en Griego.

Por esta razon los literatos escudriñan estas librerias de viejo (demostras este título) y las vuelven y revuelven, hojean, miran y exâminan los libros, apartan á un lado lo inútil, y dexan solo lo útil; de este modo se hacen con las obras raras y universalmente estimadas, y con las antiguas y apreciables ediciones.

El librero que entiende bien poco ó nada de libros raros, y de antiguas ediciones, vende en muy poco dinero aquellos libros, porque los cree del mismo mérito y valor que los

los demas que sacó del caramanchon. En tanto no quiere dar sino se la pagan bien una obra que aunque no vale nada ha oido decir que se busca con ansia,

Los petrimetes de la literatura, pues tambien en la literatura hay petrimetes, y los Eruditos á la Violeta, dos nombres quasi sinonimos, se entrometan en los corros que cercan los estantes de los libros, los trastornan y revuelven todos, los hojean de arriba abaxo, miran las láminas y el lugar de la edicion, dicen con un grande arqueo de cejas que son de Amberes ó Antuerpia, preguntan por una edicion de la Biblia Poligrota de Alcalá, mascullan entre dientes un poco de Griego, ú de Hebreo, cuyo sentido no comprehenden, hallan á Catulo y Tibulo, y entonan en estilo poético algunos versos de estos apreciables Poetas, chocan luego con Despreaux, y con un afectado y fastidioso gangueo recitan malamente alguna de sus sátiras. *Esta obra se ha*
he-

hecho muy rara , dicen tomando una en las manos , merece nueva edicion: aquella de allí aun podia sufrir dos: el autor de la otra es muy amigo mio, dice uno , hombre de gran talento, pero mala cabeza : quisiera hacerme con la primera edicion de esta obrilla: dice otro , es apreciable por la claridad y hermosura de los caractéres. La charla de estos papagayos dura bien poco , á la segunda ó tercera vez tropiezan con algun sabio , que descubre su ignorancia , y delante de todo el mundo les dexa confusos y atolondrados ; haciéndoles ver que son unos charlatanes.

CAPITULO VI.

Muebles para niños.



asta de las muñecas , los coches, los malbrucks y los monuelos que se venden en las Covachuelas, en la calle Mayor y en la plazuela de Santa Cruz se ha de tratar aquí : ellos forman

man una parte y bastante substancial de la Feria , con que no será extraño que la formen de esta obra.

En medio de la Puerta del Sol , y en los demas parages ya dichos se ven varias mesas llenas de mil géneros de juegos de muchachos. Las puertas de las Covachuelas estan embutidas y cercadas de montones donde se ven confusamente mezclados las sargas de coches , de calesines y de caballos: en lo interior de estos oscuros y lóbregos subterranos se ven las paredes, los techos, y hasta los suelos, cubiertos de mil clases y géneros de estos entretenimientos pueriles.

Todos estos muebles regularmente son de la mas fea y ridícula construcción , hay muy pocos que aun en su clase sean de un mediano mérito, y estos se hacen pagar á un precio exorbitante ; sin embargo , la mayor parte de estos jueguezuelos nos vienen de Alemania , é importan algunas sumas considerables : ved aquí un ramo de comercio que aunque pequeño á pri-

primera vista , no dexa de ser en sí algo interesante. La Nacion ganaria en que estos y otros muchos objetos de luxo ó entretenimiento se fabricaran en ella. Sea esto dicho como entre parentes.

Sigamos la obra. Los muchachos en tropas rodean y cercan continuamente las mesas y puestos donde se venden, los miran y contemplan con la mayor atencion ; los alaban y ponderan , forman unos con otros partidos, disputas y quimeras sobre qual es mejor ó peor: corren de puesto en puesto exâminándolo y escudriñándolo todo, y luego entre ellos los acreditan ó desacreditan. Se llegan á ellos , los tocan con un cierto entusiasmo , y los manosean hasta que suelen derribarlos , y acabar con la paciencia del dueño , que enarbolando el palo, los ahuyenta y dispersa, qual si fueran pesadas é impertinentes moscas.

Quien podrá expresar el efecto que produce en los niños la presencia

cia de estos entretenimientos, el gusto, la complacencia que sienten en su interior á el ver aquellos chirriones de colorado y amarillo, prodigiosamente derramados sobre todos aquellos informes monuelos, aquellas ridículas y espantosas figuras en que los ha dispuesto el capricho del Artífice; la sorpresa que les causa el sencillo y facil mecanismo, por medio del qual la culebra salta de la caja, que viene á picarles el dedo, y el mono que tiene en los pies la plancha de plomo está siempre saltando de cabeza, el ardiente deseo que tienen de cargar con todos aquellos chismes, y hacer de su casa un almacén de ellos, las industrias y astucias que les sugiere su viva imaginacion para alcanzar algunos dineros con que comprarlos, el inmoderado gozo que sienten con su posesion, el dolor que prueban quando se quiebran ó rompen; y por último, la envidia que despedaza y desgarrá su corazon al ver que otro tiene mejores y mas cos-

tosos juegos, ó que ellos no pueden comprar ninguno, quando otro carga una acémila de ellos.

Todas estas cosas son harto difíciles de pintar y expresar con los vivos colores que se requiere, contentaréme con trasladar sencillamente al papel, lo que sobre este asunto observé una tarde. Pero hagamos para ello capítulo aparte.

CAPITULO VII.

La tienda de la tia Juana.

Despues de haber recorrido todos los puestos donde se venden los juegos de los muchachos, cansado de pasear, me zambullí en la obscura y lóbrega Covachuela de la tia Juana, y me embutí entre las sartas de muñecas, pitos y tamboriles que decoran sus paredes.

Sepa el Lector que la tia Juana es de las mejores mugeres que venden

mo-

monos , su genio , aunque áspero y desabrido sobre manera con la gente de capa raída , es bastante afable y cariñoso con los de otra esfera : ama generalmente á todos los muchachos , y con especialidad á los que tienen muchos juegos , son enredadores , rebolotosos y quiebran con facilidad los que les compran.

Distingue entre todos con predilecta estimacion á un sobrino mio , (que es para usar de la expresion de sus padres) de la piel del diablo , y que quiebra en un solo dia mas cachivaches que pueden hacer en un mes una docena de robustos Alemanes.

Como tio de mi sobrino , algunas veces pagador , ó mayordomo de sus gastos , soy tambien obsequiado y bien recibido , y tengo mi ladito aparte en casa de la buena tia Juana , así pues , yo estoy allí con mas satisfaccion que en mi propia casa , y paso graciosos ratos con los que entran y salen.

Sentado , pues , en un viejo y derren-

rengado escaño , apoyado sobre el mostrador de la tienda , me entretenia unas veces en observar la extraña harmonia que formaban á mi vista los diversos cachivaches que tenia delante , quales bañados de almagre ó carmin , quales teñidos de negro ó amarillo , quales de espantosa y horrible catadura , y quales de hermosa y agradable presencia , y otras en adivinar por los rostros de los que pasaban sus genios y caractéres , pues me precio de ser algo fisonomista.

Una tropa de gente que entró en la tienda me llamó la atencion : eran varios Lugareños , que unos en pos de otros se fueron entrando , y llenando el estrecho aposento ; miraban todos con un palmo de boca abierta , como si con la boca se mirara , los títeres y monigotes , y no estaba satisfecha su curiosidad sino los tocaban , sobaban y manoseaban un monton de veces , todo lo querian comprar , todo les gustaba , y hasta la cosa mas comun les llenaba de admiracion : á
el

el instante escogian una gran porcion de ellos y los ponian en ajuste, pero al oir el precio se quedaban aturridos, y por último despues de estar media hora regateando, yendose y volviendo, venian á comprar el importe de una peseta, á lo mas medio duro.

Yo observaba la rustiquez de aquellas gentes, sus trages, sus conversaciones, las inclinaciones, los deseos é ideas de cada uno. La madre de familias lo queria llevar todo para sus chiquillos, y pintaba con la mayor complacencia y sencillez la alegría que aquellos juguetes causarian á sus inocentes criaturas. Otro compraba algunos enredillos para regalar á sus sobrinos, y tener contento á su hermano, á quien necesitaba.

Un mozo de mulas compraba una reluciente peyneta, un espejillo y un rascamoños con su pitito, para regalarlo á su novia; á otro dia estos rusticos presentes serian la envidia de la Aldea, la alegría y el contento de la

novia, y las arras que asegurarían y apresurarían la boda.

En esto, un brillante coche á la Inglesa, tirado por dos negros y fogosos caballos, se pára á la puerta, una hermosa dama, magníficamente vestida, y adornada de un gracioso plumage, se asoma á la puertezuela, se abre ésta, dos lacayos sacan dos agraciados niñitos, y los conducen en brazos dentro de la tienda.

Todo el mundo se pára y suspende, los aldeanos se reúnen, se estrechan, se hacen á un lado, y dexan el paso franco: olvídense de todos la tia Maria, y de mí el primero, levanta la puerta del mostrador, sale á recibir sus nuevos huéspedes, les sienta en el mejor parage, y les presenta todos los juguetes que tiene en la tienda: en tanto, un temblor continuo producido por el temor y la alegría, encontrados entre sí, agita sus secos y arrugados miembros, y su descarnada amazon de huesos.

Los niños escojen y apartan quan-
to

to quieren , y forman un razonable monton , se pregunta el precio , la buena tia Juana , á pesar de su agitacion interior , ha hecho bien su cuenta , en la que entra la clase del sugeto , las circunstancias , la atención y el respeto con que han sido recibidos : dicho se está , que no es nada baxa la tal cuenta : en fin habló ; no se regatea nada , se le da lo que pide , y esta muger halla haber ganado mas en esta ocasion que en quince dias de un despacho regular.

En tanto los aldeanos llenos de miedo , tamañitos y encogidos , se miran y arquean las cejas ; uno dice es una Marquesa ; no , replica otro , es una Duquesa. ¿Si Paquito cogiera estos juegos ? dice otra.

Con lo que ha costado esto , dice una que ha estado callando , tenia yo para vestirme este invierno. Pero que diria esta pobre muger si siguiese á aquella dama á la tienda del Mercader de moda , veria entonces que con lo que gasta en un adorno que so-

lo debe servir un par de veces tendríala ella para casar muy bien todas sus hijas.

CAPITULO VIII.

Pepito, cuento particular.

Este niño es el mayor de una casa bien rica, tiene doce años de edad, y dos hermanos aun muy pequeños. La madre le mimaba y le contempla hasta el exceso, le da todos sus gustos, y no permite que le dexen llorar, de este modo Pepito es caprichoso, soberbio é inquieto.

Su padre, unas veces por estar ocupado en su empleo, otras por no mover alborotos ni desazones, dexa pasar muchas cosas, sin embargo algunas veces le llega á el alma la mala educacion de su hijo; entonces quiere poner remedio y usar de rigor; pero la madre se opone á ello, grita, patea y alborota, y es menester ceder: ella es dueña de todos los bienes, y esto

la

la produce un orgullo insufrible.

Pepito, pues, fue á la Feria, su madre gastó algunas onzas en comprarle quantas cosas se le antojaron, y volvió con él á casa llena de contento.

¿Quién será capaz de expresar la alegría que reynaba en el corazón de Pepito? corria furioso por las largas salas de su casa, qual si fuera una Bacante que agitada del furor de Baco, llena los campos de la Boecia de sus espantosos ahullidos, llevaba los pelos sueltos, desgñados y confusamente extendidos sobre las espaldas, descuidado y abandonado el vestido, tenia los ojos saltados, ardientes y brillantes, trémula y balbuciente la lengua, empuñaba en lugar de tirso un gran caballo de pasta, con su hermosa y poblada cola de estopa, y tiraba con la otra mano de una carroza hecha toda una asqua de oro, daba furiosos y confusos gritos, y hacia dificiles y violentas contorsiones con todo su cuerpo.

A todos queria hacer partícipes de su alegría, á el instante que venia al-

gun

gun conocido de la casa le conducia gozoso á su quarto , y con el mayor despacio le enseñaba todo quanto se habia feriado.

Pero en un instante la grande alegria se mudó en la mas extrema tristeza ; su fuerte y numeroso ejército, el tren y equipage de campaña que poco antes hacia todas sus delicias fue destruido y derrotado , no por las victoriosas armas de sus contrarios, sino por un buen garrotazo que sacudió inocentemente sobre la lucida tropa el hermano mas pequeño.

La rabia, la soberbia y la ira mas atroz se apoderan en aquel instante de su corazon , despedazan y desgarran sus entrañas. Pepito , el amable, que dos minutos antes era la alegria, la gracia y la dulzura misma, es ahora un tigre rabioso , una furia infernal: llena el ayre con sus espantosos gritos y horribles imprecaciones, quiere destruir quanto mira , y matar , si fuera posible, con los ojos, acomete fuera de sí á su hermanito , descalabra

á la criada, que viene á libertar la inocente criatura, tira quanto halla á mano, se atreve á insultar y acometer hasta los mas antiguos criados de la casa que procuran sosegarle.

Vuelve á mirar su tropa, y viéndola tan rota y aniquilada, sus miembros machucados y confusamente esparcidos por la sala, se enfurece mas, rompe los costosos espejos y derriba las finas y raras porcelanas.

En esto entran el padre y la madre, el primero conoce entonces evidentemente los perniciosos efectos de la mala educacion, se determina á poner el mas pronto y eficaz remedio, y á sostener su resolucion con la mayor fuerza.

Comienza á executar lo, se encoleriza la madre sobremanera, dice que los muebles son suyos, y que tiene gusto de que su hijo los rompa, se hace sorda á las razones, las reconvencciones y los consejos en lugar de aplacarla la irritan mas: el padre se ve obligado á hacer conocer y usar
del

del dominio que tiene sobre su mu-
ger é hijos.

Entonces comienza ella á enfure-
cerse, corre gritando como una lo-
ca, y se mete precipitadamente en
el coche, y huye á la casa de sus pa-
dres. Estos, y todos sus parientes sos-
tienen su partido con la mayor fuer-
za. El marido se ve obligado á usar
de los medios judiciales: la cosa se
hace pública: es grande el escanda-
lo, é infinitos los daños que resultan.

Vease como una pequeña causa
produce grandes efectos, y los juegos
de los muchachos interesan las per-
sonas mas juiciosas, y una villa en-
tera. Un muchacho conocido por al-
gunas bachillerias que soltaba, de
quando en quando, dixo á el oír esta
historia: *Es menester confesar que los
hombres son unos niños algo mas al-
tos que nosotros.*

CAPITULO IX.

Paseo de la plazuela de la Cebada.

Las deliciosas calles de árboles del Prado, el magnífico salón de Apolo se ven en estos días desiertos y solitarios, no forman ya los coches estas dos largas filas que se extienden desde la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y que presentan un punto de vista el mas agradable; tampoco se ve aquella gran multitud de gente que se extiende por los espesos bosques que forman los árboles enredándose entre sí. Este inmenso concurso se muda á la Plazuela de la Cebada, la que es ahora el paseo favorito y de moda.

Todos, pues, concurren á él, y yo igualmente, cada uno lleva su idea, uno va á lucir su vestido, otro á loquear y tontear, aquel por hacer cortesias á las de los coches, este por ver su

su dama; y yo por observar y reflexionar sobre todo lo que sucede.

Comparo la gente que entra por las bocas calles á los numerosos exércitos, que viéndose acometidos de sus poderosos contrarios, corren llenos de temor á entrar apresuradamente por la puerta de la vecina fortaleza, todos quieren ser los primeros, y estrechándose unos con otros en su angosto recinto, se impiden el paso y detienen los que les siguen á que se van reuniendo y formando un espeso peloton.

La Policía siempre atenta, siempre vigilante, impide con acertadas providencias las desgracias que el demasiado concurso pudiera producir. ¿Pero cómo remediar la apretura, el ruido, la confusion y el alboroto, el bullicio de las gentes, la griteria de los que venden y compran, la densa nube del polvo que rodea á todos?

La estrechura, los continuos empujones, las freqüentes apreturas, el insufrible calor forman una cadena
de

de incomodidades, que solo nuestra ligereza y superficialidad, la costumbre de seguirnos ciegamente los unos á los otros, y el deseo de lucir, nos las pudiera hacer tolerar.

Los petimetres rigurosos, aquellos que quieren lucir su ayroso talle y costoso adorno, asisten todos los dias sin faltar uno, y estan mas ciertos en la Feria que la péndola del relox á sonar la hora, pero yo que solo voy á ella á observar y meditar, tengo bastante con una tarde bien aprovechada para analizarla y definirla.

CAPITULO X.

Reflexiones particulares.

Salgo de mi casa solo, mi trage sencillo y obscuro no me distingue del comun del Pueblo, ni me hace fixar la atencion de las personas curiosas; me dirixo á la calle de Toledo, me interno entre la confusion de la gente, y ella misma me conduce á la Plazuela.

Allí

Allí de una ojeada observo la gente en general; ved aquí digo, en mi interior, este numeroso concurso que llena este terreno, y llama mi atención, que corre, grita, se afana, gira y rodea por todas partes, que está en un continuo movimiento é inquietud, y que parece agitado por un espíritu el mas vivo y sutil, que no le dexa nunca en quietud, ni en sosiego; todo este concurso, digo, se desvanecerá bien pronto, como las pasajeras ilusiones que se ven entre sueños, y como ellas se borrarán para siempre de mi idea.

A este ruido y confusion continua sucederá el mayor silencio, á la violenta agitacion, la quietud y el sosiego. Este espíritu que nos conmueve y trastorna, y nos hace parecer unos locos furiosos, ó unos niños que sin reflexion alguna corren con la mayor ansia tras un cometa, ó un papel pintado, se fixará para siempre, ó por mejor decir, volará y huirá de los lugares que antes ocupaba,

(pa-

(para transferirse á otros, donde estará por una eternidad sin fin), como la ligera exâlacion que atraviesa rápidamente los ayres.

Dentro de un cierto número de años no existirá ninguno de los que están presentes; estos cuerpos adornados con tanta delicadeza y gusto, y á quienes se trata con tanto cuidado y atencion, presentarán entonces montones confusos de carcomidos huesos, de descarnadas y horribles calaveras.

Estas Damas, cuya hermosura y delicado adorno llama la atencion de todos los que las ven, serán dentro de un instante un depósito de asquerosos gusanos, de corrupcion y podredumbre. El pasagero huirá lejos de ellas, no pudiendo sufrir el hedor que despedirán de sí, y no se atreverá á mirarlas, por no remover su delicado estómago, y excitarle á nauseas y vómitos.

Las doradas carrozas, los costosos equipages confundidos entre el

cie-

cieno y la inmundicia, solo presentarán un monton de podridos y apollados maderos, y de hierros cubiertos de moho y olin.

Pero á qué apelear á tiempos un poco posteriores. El mundo está en una continua agitacion, y en un momento experimenta las mayores alteraciones y vicisitudes; la alegría y el dolor se suceden en él con mas rapidez que la tempestad y la serenidad en el inconstante y amargo elemento. Un instante despues de este paseo, estando aun mucha gente en él, ¿qué trastornos, qué mutaciones no se experimentarán tal vez? ¿Qué escenas tan contrarias, quales tristes, quales alegres, no se representarán en muchas familias de las que poco antes se divertian con el mayor sosiego en la Feria?

Los que reian y se alegraban, llorarán ya; el que estaba reducido á la mayor pobreza y miseria, recibirá á el llegar á su casa la noticia de un empleo honroso y lucrativo.

Aque-

Aquella Dama cuya robustez la anunciaba una larga vida, morirá en un minuto de un accidente apoplético. Los que la habian visto aquella tarde en la Feria ostentando en sus mexillas el delicado color de la rosa, y deslumbrando con el brillo del oro, la plata y pedrerias de que estaba cubierta, á el retirarse á su casa la hallarán expuesta sobre el féretro, pálida, desfigurada y horrorosa, cubierta solo de un tosco sayal. Yo no sé si algunos hallarán impropias estas reflexiones; ¿pero si las hicieran todos en medio de los placeres y en el centro de la alegría, tendrían tantos que llorar luego sus funestos efectos? ¿se abandonarían locamente á ellos? ¿sentirían luego aquellos remordimientos tan amargos como inútiles é infructuosos?

Varias observaciones.

Pero hablemos mas en particular, y observaremos cada cosa de por sí; procuremos diseñar los diferentes cuadros que las gentes forman entre sí, y representar las escenas que pasan en esta gran Comedia.

Delante de mi estan Juanito y Clarita, estos son dos amantes que hoy se han visto la primera vez, y se han demostrado el amor mas fino y la passion mas ardiente; luego se separan y se olvidan para siempre. Juanito se va á casa de Rosita á reirse de la sencillez de Clarita, ésta celebra con Medoro y sus amigos la inocente credulidad de Juanito.

A el lado de estos distingo á Rosaura; esta muger un mes ha no era conocida, su marido ha logrado un empleo pocos dias antes de la Feria; ella se ha comprado un magnífico vestido á la última moda, y ha adornado

su

su cabeza con un soberbio y ayroso plumage, todos estos adornos relevan su natural hermosura y gracia; ella lo ha consultado con su espejo, y ha quedado contenta; ha venido á la Feria, y se ha sentado en el parage mas público, á ser la admiracion y la envidia de los concurrentes.

No lexos de Catalina está la Condesa de Tutiplen, que con sus setenta años bien cumplidos, sus ayes y achaques, quiere pasar por una niña de quince años; ha estado toda la mañana en su tocador mortificando y estrechando su cuerpo, lavando y pintando su negra y seca cara, acomodando sobre su limpia calva, semejante á un casco de calabaza, un magnífico peynado y un gracioso turbante. La rodea una tropa de jóvenes petimetres que continuamente la lisonjean con palabras tiernas y amorosas, y que la hacen creer que aun tiene mérito. Uno se pone á su lado y la adula abiertamente en tanto que los demas, que estan un poco retirados, se

D rien

rien de ella con el mayor descaro. Esta Señora paga á peso de oro esta tropa de insolentes bufones, y consume sus rentas en hacerse el objeto de su risa, y dar á el público un ridículo espectáculo.

Por el contrario Aniceta, aunque es la mas hermosa muger de la Corte, está en lo mas retirado, cubierta toda la cara de un negro manto, desde alli se rie con mas libertad de todos, y puede desplegar sus gracias (bien pudiera decirse desenvolturas) con menos reparo, pretende tambien que la conozcan, sin darse á conocer.

El Baron de Pompadu dirá qualquiera á el verle que es un pobre mendigo, su roto y asqueroso vestido anuncia la mayor miseria, sin embargo es uno de los hombres mas ricos.

Don Agapito parece un Titulo segun el fausto y tren que le rodea, no obstante debe quanto lleva puesto.

Ruperta se presenta en la Feria con
el

el mayor descaro, y desenvoltura, seguida de una tropa de jóvenes libertinos, pretende brillar sola y avasallar á las demas, da un paseo por la Plazuela, fixa por un rato la atencion, pero por desgracia pasa por el lado de Luisa, esta se descubre, la mira con desprecio, se pone en pie, echa á andar, abate á su rival, la roba su séquito, y la dexa confundida y abochornada.

Lidoro ha estrenado hoy un vestido, y se ha presentado segun la mas rigurosa moda; su primer diligencia es ir por todas partes para ser visto, y luego pasar ácia el lado de los coches, y hacer cortesias á quantas vé en ellos, sean ó no sus conocidas.

CAPITULO XII.

Cuento crítico.

Don Lesmes, era uno de aquellos hombres buenos y honrados, que se hallaban mas freqüentemente en los

D 2 tiem-

tiempos antiguos, que en los nuestros. Habia servido con honor y distincion en el Ejército, sus méritos habian sido recompensados, contento de sus servicios, satisfecho con los honores que habia recibido, en lugar de ir á disipar sus bienes en el tumulto de los placeres, buscó una esposa noble y virtuosa como él, y se retiró á un Pueblo del que era Señor, deseoso de pasar el resto de sus años en hacer bien á sus vasallos, y en cumplir con las obligaciones de ciudadano, de esposo, y de señor.

Pero yo no pretendo escribir la Historia de Don Lesmes, sino de la de Leandro su hijo.

La del primero seria el retrato de un hombre de bien, siempre virtuoso, siempre honrado, siempre benéfico. La del segundo es la de un jóven dotado sí de buenas disposiciones, pero á quien los placeres van á corromper.

Don Lesmes dió á su hijo un Preceptor, éste le enseñó quanto puede contribuir á formar el espíritu y el

co-

corazon. Tuvo conocimiento de las ciencias y artes nobles , sabía bastante para poder pasar por un hombre de talento , y hacer su conversacion agradable y util.

Su padre estaba contento de los progresos de su hijo ; conocia que sus pasiones eran vivas y fuertes ; que tenia inclinacion á los placeres que por mucho tiempo necesitaba de un Preceptor que le enseñase ; y siempre de un amigo virtuoso que le libertase de los peligros á que la demasiada fuerza de sus pasiones podia exponerle.

El pensamiento de Don Lesmes era bueno. El debia ser el Preceptor principal , y el amigo verdadero. Leandro le amaba con la mayor ternura, era facil ganarse enteramente su confianza , y lograr su amistad.

La muerte vino á cortar tan buenos proyectos. Una enfermedad aguda conduxo á Don Lesmes al sepulcro. La única pena que le atormentaba era que su hijo quedaba en la temprana edad de diez y ocho años aun no bien for-

ma-

mado su corazón, ni enteramente justificada su virtud. Pero lleno de una confianza christiana se tranquilizaba seguro de que el Sér Supremo que cuida de todas las criaturas no abandonaria al jóven Leandro.

CAPITULO XIII.

El Amigo fingido.

Con la muerte de Don Lesmes, Leandro entró en posesion de grandes riquezas, parte en dinero que su padre habia juntado por medio de su prudente economía, parte en bienes y efectos.

Su madre habia muerto algunos años antes que su padre; de consiguiente Leandro á la edad de diez y ocho años se hallaba dueño absoluto de su voluntad y de sus bienes.

En vida de su padre habia pasado la mayor parte del tiempo en la Ciudad, Don Lesmes quería que conociese el mundo, el trato de las Aldeas

y

y Pueblos pequeños tiene sus ventajas. Las costumbres son regularmente mas puras, hay mas sencillez, mas buena fe, menos luxo, y menos peligros para la juventud; se conocen pocos placeres, y estos por lo regular inocentes; las pasiones estan mas apagadas porque hay pocos objetos que las estimulen y aviven.

Pero el hombre criado en la Aldea solo es propio para vivir en ella; un cierto ayre de rustiquez hace las mas veces su trato desagradable, su conversacion esteril y seca, sus modales vastos, no sabe conducirse en la sociedad, con aquella habilidad y astucia que nace del freqüente trato de los hombres.

La direccion de su Preceptor podia libertar á Leandro de los peligros que en las grandes Poblaciones amenazan á los jóvenes, y hacerle sacar con sus consejos todas las ventajas de un trato universal y escogido. Don Lesmes haciendo vivir alternativamente á su hijo en la Ciudad y en su Pueblo,

blo, procuraba inspirarle por un lado la sencillez y la inocencia, por otro la politica y la civilidad, y le ponía en estado de comparar unos hombres con otros, conocer sus defectos, y apreciar sus virtudes.

En el tiempo que Leandro habia permanecido en la Ciudad habia hecho amistad con un jóven de su edad llamado Carlos. Habia bastante conformidad entre estos jóvenes; pero sus costumbres eran muy diferentes. Carlos tenia el corazon muy corrompido, solo amaba los placeres, la disipacion, el juego y otros muchos vicios que se siguen á estos; abandonado desde su mas tierna edad por unos padres nimiamente cariñosos, y demasiado indolentes, no habia tenido mas regla de sus acciones que su capricho ó su gusto.

La compañía de Carlos era muy perjudicial para Leandro, porque sus vicios, sus extravios aparecian las mas veces baxo el ayre del pasatiempo, ó de una ligera diversion: al mismo
tiem-

tiempo Carlos que tenia mucho trato de mundo, sabia de tal modo acomodarse al gusto de los demas, revestirse de su carácter, disimular sus faltas quando convenia, que á veces parecia un hombre virtuoso, ó un jóven arreglado. Asi habia engañado al Preceptor de Leandro, y hechóse el amigo de éste, el que le miraba como á un amigo verdadero, y como á un jóven vivo, alegre y jocoso.

Mientras que Don Lesmes vivia, Carlos habia atendido solo á ganarse su corazon, y á mantenerse en la buena opinion que habian formado de él Don Lesmes y el Preceptor. Se habia contentado acompañarle en las diversiones pueriles, y jamas se habia atrevido á aconsejarle nada contrario á lo que su Maestro le mandaba.

Muerto Don Lesmes, Cárlos comenzó á mudar insensiblemente de conducta. El primer paso era separarle de su Preceptor. Para esto le dixo que ya tenia bastante instruccion en las ciencias, y que á su edad ya podia

dia manejarse solo en el mundo, sobre todo con la compañía de un amigo verdadero. Los repetidos discursos de Carlos hicieron su efecto. Leandro llamó á su Ayo, le dió gracias por el cuidado que habia puesto en su educacion, le dixo: que mientras durase su vida le miraria como á su Maestro, como á su Padre, como á su Director, no olvidaria nunca sus consejos, se acordaria siempre de sus máximas, y le consultaria en todos sus negocios; pero respecto á que su educacion estaba ya finalizada, era ya tiempo de que se presentase solo en el mundo. Mandóle dar un buen regalo, le premió, le recompensó y aseguró su subsistencia para el resto de sus dias, porque en efecto le amaba; y con esto le mandó retirarse.

CA-

CAPITULO V.

Todo cansa.

Leandro y Carlos pasaron poco despues de la Aldea á la Ciudad; era ésta una de las mas populosas y divertidas de España. Leandro tuvo bien pronto en ella amigos, diversiones y placeres; sus riquezas le proporeionaban todos los medios de brillar. Reunia muchas qualidades, que le hacian el Caballero de mas mérito de todo el Pueblo. Era el mas rico y opulento de todos, y pocos le excedian en mérito personal.

Carlos le introduxo en las principales tertulias del Pueblo, en los bayles, en las juntas, en las conversaciones, y en los juegos; se hizo amar de unos, aborrecer de otros, y admirar de todos.

Al año de su residencia en la Ciudad nadie hablaba sino de Leandro; todos confesaban su superioridad, le
con-

concedian la preferencia, nadie se atrevia á competir con él, y todos procuraban imitarle. Freqüentaban su casa las personas mas brillantes: tenia tertulia fixa donde todo extrangero era admitido; la aprobacion de Leandro decidia del mérito de una persona, y bastaba para segurar su reputacion.

Este género de vida siempre uniforme y amontona fastidió á Leandro y desagradó á Carlos. Habia llegado á lograr la preferencia sobre los demas petimetres del Pueblo; era el mas opulento, el mas universalmente estimado. No tenia mas que desear: sus deseos estaban satisfechos, y por consiguiente se agotaron sus placeres.

Resolvieron pasar á vivir á la Corte donde les parecia que los placeres eran inagotables.

Carlos le pintaba á Madrid como un teatro mas vasto, donde las escenas se renovaban todos los dias, se podia lucir mejor, y hacerse estimar mas. Leandro habia disipado gran parte del dinero que su padre le dexó:
el

el viaje á Madrid exigia mayores gastos: para brillar en la Corte era necesario sumas considerables: Carlos que dirigia todas las operaciones de Leandro, halló bien pronto personas que adelantasen el dinero necesario: fue un negocio concluido en el que Leandro solo puso el consentimiento, sin que supiese en lo que consentia.

CAPITULO XV.

Nuevas diversiones.

Los dos amigos llegaron á Madrid, precisamente en el tiempo que comienzan las ferias, es decir, á principios de Otoño, estacion en la que muchas gentes forasteras suelen concurrir á la Corte, no tanto por ver las ferias que no tienen el mayor atractivo en sí, quanto por ser el tiempo mas proprio para gozar de las diversiones que parecen tener en ella su asiento fixo.

Carlos habia estado muchas veces en la Corte, y la conocia bastante bien,

conocimiento que le habia costado crecidas sumas, y le habia producido fatales experiencias que pudieran haberle servido de desengaño, si semejantes hombres fueran capaces de desengañarse.

Leandro se creia en un nuevo mundo: todo le admiraba, todo le sorprendia, todo le agradaba; la multitud, la variedad, la novedad de los objetos le confundia; su alma se presentaba á todas las impresiones que venian tumultuosamente á fixarse en ella. Pero á poco tiempo las ideas se colocaron con orden, las sensaciones se hicieron menos vivas, su efecto menos fuerte; y entonces comenzó á gozar verdaderamente los nuevos placeres que le ofrecia la Corte.

Carlos se dedicó á formarle, á instruirle, á enseñarle los modales, los usos, las costumbres, el tono fino y delicado, y el ayre de moda. Tomaron una casa amueblada con gusto y profusion, gran número de criados, equipages de moda y de una hechura particular; sus vestidos, sus adornos no eran

eran de un gusto menos delicado y exquisito.

Leandro era dócil, se dexaba guiar facilmente; Carlos lo dominaba, su amor á los placeres era excesivo, porque sus pasiones eran muy vivas. Un jóven rico, sin experiencia, sin conocimiento, no puede menos de caer en el libertinage con estas dos qualidades tan dañosas en su edad.

Esto sucedió á Leandro: Carlos le proporcionaba toda suerte de placeres, aun los mas dañosos, el juego, el bayle, el teatro, las visitas, los banquetes llenaban todo su tiempo; sus compañeros eran por lo regular los jóvenes mas disolutos y corrompidos; sus amistades las mas escandalosas, las mas perjudiciales; su conducta fue bien pronto bastante reprehensible. Un amigo falso y pérfido, es tan dañoso, como útil uno verdadero y virtuoso. Leandro, naturalmente bien inclinado, hubiera sido bueno con una buena compañía, la de Carlos le conducia al precipicio.

CA-

CAPITULO XVI.

Como se ha de evitar el mal.

Quando se ha dado el primer paso ácia el libertinage, es tan facil el seguir su dañoso camino, como difícil huir de él. Leandro habia olvidado los buenos consejos de su padre, las sabias lecciones de su maestro: las semillas de virtud que estos habian derramado en su corazon sino estaban enteramente apagadas, á lo menos se hallaban muy sofocadas; solo le parecia bueno lo que Carlos le enseñaba, y éste le daba las lecciones mas viles, mas malvadas.

¿Qué situacion tan digna de lástima, de compasion, la del sencillo é inocente Leandro. El vicio le rodea por todas partes, le encadena, le esclaviza; no existen ya sus antiguas ideas, útiles, sábias, y verdaderas. Una multitud de aquellos miserables,

mi-

ministros viles de la disolucion, eran el objeto de su pasion y de su cariño. Estas harpias venenosas corrompian sus costumbres, le seducian, le engañaban con sus falsas caricias, sus halagos; le devoran sus bienes, contribuyendo á su ruina. Un hombre vil y despreciable, un malvado, se llamaba con el dulce nombre de amigo; dominaba su corazon, y era el objeto de su sensibilidad, de su estimacion. Varios otros jóvenes, no menos disolutos, se dividian entre sí su afecto, su estimacion, su confianza; sus buenas qualidades existian aun, pero sus costumbres estaban bastante corrompidas.

Este género de vida, este libertinage, esta disipacion, este excesivo luxo exígia los gastos mas considerables; las sumas mas quantiosas se disipaban en un momento: Carlos cuidaba de todo: faltaba dinero, se proyectaba un bayle, un banquete, una partida de caza, era necesario gastar, no habia: Leandro exígia se buscasse

E de

de qualquier modo. Carlos proporcionaba al instante un hombre que adelantaba las sumas necesarias; pero á costa de los mayores intereses se le concedian; estos préstamos, estas deudas apresuraban mas y mas la ruina: pero entretanto veamos por menor la conducta de Leandro. Echemos un velo sobre sus escandalosas aventuras, no hablemos en particular de su libertinage. Basta nombrarle, pintar sus dañosas conseqüencias para hacerle aborrecible: no es necesario pintarle á él mismo, para corregir; no es preciso escandalizar. Un diario de su vida y de sus ocupaciones podrá dar alguna idea de sus costumbres, y de su conducta; pero esto será para el capítulo siguiente.

CAPITULO XVII.

A pocos dias de su llegada á la Corte, Carlos le presentó en la Tertulia de la Condesa Eugenia. Era la de

mas lucida y la mas divertida de toda la Corte, concurrían á ella las personas mas finas, las mas instruidas, las mas agradables de toda ella. Causaba placer la variedad, la diversidad de caracteres, de gustos, de opiniones. Reynaba un hermoso desorden, una bella confusion. Era una miñatura del gran quadro de la Corte: aquí se hablaba, allí se jugaba, mas allá se cantaba, y en otra sala se formaban contradanzas. La Condesa hizo á Leandro la mejor acogida, todos se apresuraron á obsequiarle, muchos en la apariencia, pocos en la realidad: algunos le prodigaban las expresiones de un repentino y extraordinario afecto, estos eran los mas viles, solo venían á reirse de él, le hablaban para observarle, le trataban con agrado para ganarse su confianza, descubrir su ridiculo para pintarle luego maliciosamente.

Leandro fixó por un instante la atención de los concurrentes. Los Jugadores echaron sobre él una mirada de

distraccion, y le recorrieron desde los pies hasta la cabeza mientras se daban las cartas. Todos convinieron en que tenia *el ayre de Aldeano*, y que aun no estaba formado; pero las opiniones se dividieron sobre su mérito. Los hombres le miraron, unos con desprecio, otros con envidia, se rieron por lo baxo, dixeron algunas chanzas, murmuraron un poco. Narciso notó que no sabia hacer la cortesia. Crisanto añadió que no tenia mas mérito que el de su figura. Teodoro nego el mérito que le concedia Crisanto, notó sus faltas, é hizo soltar algunas carcajadas maliciosas. No hay que cansarnos, añadió Calisto, sus riquezas son todo su mérito; y no es poco, respondió uno que no era muy rico. Entonces les informó de la clase y circunstancias de Leandro, hubo materia para una conversacion mas extendida y mas satírica.

Las Señoras fueron muy benignas con él, y en general su juicio mas seguro, agradó á algunas, pareció in-
di-

diferente á otras, desagradó á muy pocas. Tiene mérito, dixo Nise, pero no está formado; merece que alguna de nosotras se tome esta molestia, no perderá su tiempo. Elisa que entonces estaba desazonada con su amante Delio, por no haberle traído á tiempo una cinta ^{pl} para su prendido, forjó el proyecto de dexarle por Leandro; Delio solo experimentó aquella noche desprecios y desvios. Tuvo zelos, se desesperó, dió quejas, satisfacciones, suplicó, amenazó, se retiró, hizo el pensativo; volvió por último, finalizó con un largo discurso que hizo bostezar por una hora á Elisa, y no le sirvió de nada.

CAPITULO XVIII.

Prosigue lo mismo.

Dixo Leandro, á quien no se habian escapado las miradas, las risas irónicas de sus compañeros. Mi poco trato de mundo, les ha hecho reir;

reir ; este es mi defecto , es facil enmendarlo , pronto no le tendré , observaré los suyos , tal vez serán mayores que los mios.

No se engañaba Leandro , sus defectos eran muy inferiores á los de sus ribales ; su mérito superior , ellos no tenian mérito que el que dá precisamente el mucho trato , mérito que adquieren igualmente el tonto y el discreto , y que en la realidad no es ninguno. Calisto era uno de estos hombres superficiales , que solo juzgan de los demas por el exterior ; no tenia mas talento que el de poner algunas contradanzas , creia que favorecia bastante á una dama con dignarse hacerla una ligera sonrisa.

Narciso era como una estatua , buena presencia y ninguna gracia , agradaba pero no interesaba ; era alabado y estimado , pero jamas querido. Todo el mérito de Crisanto consistia en lo que no era él , agradaba por sus vestidos , sus galas , y sus joyas ; antes de ponerse al tocador era la fi-
gu-

gura mas despreciable : empleaba quatro horas en componerse , solo de este modo podia quedar en un estado medianamente agradable.

¿Y Teodoro?... él y Carlos , eran los únicos que tenian algun mérito, si se puede dar este nombre á las gracias que no vienen del espíritu ; sin embargo , eran bien inferiores á las de Leandro. El primero tenia una figura mediana , pero que interesaba ; bastante gusto en vestirse : gracia , chiste y gracejo en la conversacion : cantaba medianamente en Italiano , tocaba la guitarra , bordaba , y dibujaba.

El segundo interesaba aun mas que el primero sin tener tanto mérito, porque sabia hacerlo valer , era el oráculo de las modas. Tenia siempre las mejores y las mas nuevas , sus evillas y sus relojes , eran los mas primorosos ; sus caxas para el tabaco , las mas graciosas y bonitas ; sabia hablar una hora seguida sin fastidiar , y aun hacia reir de quando en quando ; no igno-

ignoraba ninguna de las noticias del día, contaba cuentos muy chistosos.

CAPITULO XIX.

Nuevas aventuras.

Leandro no podia imaginarse que con su ayre de Provincia, su timidez y sus defectos habria de desbancar á Delio, y obscurecer á sus ribales.

Sucedió sin pensarlo, y aun sin pretenderlo: fuese capricho ó razon, la mayor parte de las Señoras, y de las de mas mérito, se declararon á su favor, y procuraron llamar su atencion.

Leandro solo procuraba seguir su costumbre, recorrer todas las diversiones, disfrutarlas sin fixarse en ninguna. Paseó todas las salas, jugó, bayló, oyó cantar, y se mezcló en las mejores conversaciones.

Elisa y sus compañeras le rodearon despues de haber baylado con él algunas contradanzas. Todas querian ha-

hablarle á un mismo tiempo, preguntarle, exâminarle, interesarle; iban á quien podia mas, se prodigaron las miradas, las gracias, los chistes, las palabras equívocas, se hablaban al oído unas á otras, habia golpes de abanico, risitas y fiestas. Procuraban ostentar sus gracias, sus habilidades, su talento, su espíritu: hasta la mas pequeña, la mas ligera accion, tenia su fin y su idea. Leandro era el objeto á que todo se dirigia.


Debia estar satisfecho y contento de tan feliz acogimiento: lo estaba en efecto, el contento le produjo libertad, perdió su ayre tímido, y descubrió algunas gracias. Despues de un instante de conversacion general, se vino á parar en una conversacion particular y mas interesante. Elisa procuraba descubrir el caracter y el corazon de Leandro para dominarle. La sencillez de Leandro hacia facil esta empresa.

Despues de un largo rato de con-
ver-

versacion, creyó haber logrado su intento, pero fue solo en parte, se persuadió á que era facil triunfar de él: se engañó.

CAPITULO XX.

Carácter de Leandro.

 Hagamos la pintura del corazon de Leandro, que Elisa queria conocer; esta digresion parecera tal vez impropia: no lo es tal, como se verá bien pronto. Leandro era sensible, segun ya se ha dicho, esta qualidad le hacia muy propio para los dulces sentimientos de la amistad y el amor: el libertinage y la disolucion que tanto habian corrompido sus costumbres, apenas pudieron mudar su corazon, su fondo era el mismo, su sensibilidad igual.

Tenia á Carlos la estimacion que se debe á un verdadero amigo: gozaba todos los privilegios de tal.

En

En medio de tantos peligros como le rodeaban, y en los quales á veces habia caído, aun se hallaba libre del amor. Las viles criaturas que le rodeaban continuamente, solo le habian inspirado un amor, una inclinacion pasagera que se disipa con el objeto.

Habia, pues, estimado bastantes mugeres, tenido inclinacion á algunas, pero aun no habia amado.

Su corazon estaba libre de esta passion, no lo estuvo largo tiempo: á otros hace infelices, á él debia hacer feliz, conduce á otros al desórden, al vicio, les produce males dañosos y funestos. A Leandro debia causarle despues de algunos contratiempos la felicidad y el contento, inspirarle sentimientos honrados, y guiarle á la virtud.

En la mayor parte de los jóvenes, principalmente los que se han abandonado al libertinage, el amor es una llama rápida, que el viento disipa, y lleva de un lado para otro: mudan continuamente de objetos, y aun se dirigen á muchos á un mismo tiempo.

En

En Leandro era una verdadera pasión, un dulce sentimiento del corazón, que se dirige á solo un objeto, y en él se fixa sin jamás mudarse. Y prueba de la bondad de su corazón, á pesar de sus vicios, de sus defectos, solo podia amar á una persona virtuosa.

CAPITULO XXI.

Casualidad feliz.

La conversacion entre Elisa y Leandro se hacia demasiado larga é interesante, el zeloso Delio y sus compañeros vinieron á interrumpirla. Entonces se hizo general, y se habló de modas: á poco se formó una reñida disputa sobre si las cintas de una Mahonesa hacian mejor cara siendo de color de azucena, que de color de rosa. Calisto se tenia por un Filósofo profundo, y por un sabio en punto á modas. Habia ya decidido cuestiones mas dificiles que esta. Habló con mucha filosofía, dixo cosas que á todos

pa-

parecieron excelentes : uno solo las tuvo por necedades , este no se atrevió hablar , y hizo bien ; Calisto defendía el color de azucena , Carlos estaba á favor del de rosa , éste no era menos hábil que su contrario , habló muy bien , defendió con vigor su partido , se le rechazó con fuerza , se enardecieron de una parte y de otra , y despues de una hora larga de disputa , en que todas las señoras ostentaron sus Mahonesas , sus tocados y prendidos , la cuestión quedó indecisa , dexándola al exámen de la modestia de la calle de::::

En medio de la cuestión sucedió á Leandro una fatal desgracia , se le deshizo el lazo de su corbata , y sus puntas , que segun la moda , debian caer no mas que hasta ocho dedos debaxo de la barbilla , es decir , al medio del pecho , baxaron á la mitad del vientre , sirviendo de fleco al chaleco. Esta desgracia que hizo salir los colores á Leandro fué feliz para él , como lo verá el que lea los Capítulos siguientes.

CA-

CAPITULO XXII.

Aventura amorosa.

Nadie advirtió que los lazos de la corbata de Leandro se habian deshecho. Todos atendian á la importante quëstion que entonces se agitaba. Leandro se retiró sin ser visto á un Gabinete solitario á arreglarla delante del espejo. Al entrar advirtió una señorita que sentada al lado de una mesa alumbrada por dos bugías leia atentamente: su aptitud, su figura, su trage, llamaron su atencion; su vestido era modesto, sencillo, y al mismo tiempo gracioso; un pañuelito de gasa cercado de algunas cintas, era el único adorno de su cabeza, pero estaba tan bien colocado, que agradaba mejor que el mas costoso benetillo, ó el mas brillante plumage. Tenia un vestido blanco guarnecido de gasas, color de rosa, y de una ligera orla de flores bordadas.

Lean-

Leandro se acercó poco á poco , y estuvo un rato parado en lo obscuro contemplando á la jóven lectora : la luz que la heria de lleno , dexaba distinguir bien las perfecciones de su rostro y de su cuerpo : su cara era perfectamente redonda , su talle delgado , su brazo bellamente torneado , su color era el de la rosa , su sonrisa la de la inocencia y el candor. Tenia los ojos grandes , negros , vivos y expresivos , los dientes de la blancura del marfil , el cuello terso , é igual como el alabastro. Las gracias habian animado esta bella figura , la modestia , el pudor ; las demas virtudes , habian perfeccionado la obra. Todo habia contribuido á hacer de Celia (este es el nombre de la dama) una muger perfecta , una criatura excelente. Leandro quedó transportado por un rato. Sintió en su corazon una comocion que no habia experimentado hasta entonces. Se halló indeciso , dudoso , tímido , cortado , no sabia que hacer.

Pasada algun tanto su turbacion dá
al-

algunos pasos, y se acerca al espejo como distraído. Celia siente pasos, levanta los ojos, vé á Leandro, y suspende su lectura. Ya se hallaba él junto al espejo, y al lado de Celia. Siénto, señora, la dixo, haber interrumpido vuestra lectura. Perdonad mi inadvertencia. No hay nada que perdonar, solo leía por pasar el rato, la casualidad me he hecho hallar este libro, me ha agradado, y me he detenido un instante-- ¿Podrémos saber su título? No hay ningun inconveniente. Clarisa, Novela Inglesa-- ¿Está en Inglés? -- Seguramente-- ¿Os gustan las Novelas?-- Algunas-- Es la lectura favorita de las jóvenes, á mi tambien me gustan, pero algunos pretenden que son dañosas, sobre todo, para las imaginaciones vivas, para los corazones sensibles, dan ideas muy equívocas del mundo.-- Yo convengo, pero hay algunas que pueden exceptuarse de esta regla. Tales son las Novelas morales ¿Diréis que Eusebio, Adela y Teodoro, las Veladas de la Quinta sean dañosas?-- No, á la

ver-

verdad ::: Pero... Yo no pretendo, señora, hacer del crítico; al contrario, nosotros nos debemos alegrar que esta sea la lectura favorita del bello sexô... Yo, v. g. me atreveré á desear que sea la vuestra, mi dicha entonces será cierta. Estas palabras llenaron de turbacion á Celia, baxó los ojos, hizo una reverencia, y se dispuso para retirarse. El temor de Celia se comunicó á Leandro: quedó confuso y abochornado, admiró la virtud, la delicadeza de aquella señora, enmudeció. Pero al verla marchar, su pasion le dió atrevimiento, rompió su silencio, y con palabras que se conocian salir del corazon, y de un corazon enamorado, la rogó permaneciese por un instante. Celia se escusó con razones que descubrian mas y mas su virtud.

Viendo, pues, que sus ruegos son inútiles, que Celia se ausenta, teme perderla para siempre, y arrebatado fuera de sí, se echa á sus pies, la descubre su pasion, la pinta qual ella es con los colores mas vivos, solo quiere

F

se

se le permita hablar otras veces , para hacer conocer la pureza de sus intenciones. Celia no pudo negarse , le cita casa de una amiga , á la que tiene en lugar de madre , á la que ama , respeta , y estima como á tal.

CAPITULO XXIII.

Prosigue la aventura.

¿Qué situacion tan deliciosa la de Celia y Leandro ! qué actitud tan patética la de los dos ! El Gabinete estaba algo obscuro , la luz iluminaba de lleno el parage donde se hallaban los dos amantes , sus rayos enviaban ácia el espejo su imagen , y informaban en él el quadro mas pintoresco.

Celia parecia una de las deidades fabulosas de la antigua Mitologia. Un Poeta hubiera creido que era la casta Diana , Diosa de los montes y las selvas ; sus ojos tiernos y expresivos , fixos sobre Leandro pintaban el Amor, el temor agitaba blandamente su seno,
sus

sus mexillas estaban cubiertas del mas subido carmin , precioso efecto del rubor. La decencia, la dignidad , la magestad de su presencia, de su figura, la hacian parecer el retrato , la imágen de todas las virtudes. La inocencia , el candor , la modestia , brillaban en todo ella. ¿se la podria ver sin amarla , sin admirarla , sin sentir una dulce comocion , una secreta inclinacion ácia las virtudes , que eran las gracias que mas la hermoseaban , que la hacian mas interesante!

Leandro puesto á sus pies apenas se atrevia á levantar los ojos, temblaba ofenderla aun con sus miradas , sus suspiros anunciaban la violencia de su pasion , las lágrimas caían sin sentir de sus ojos. Su corazon experimentaba un sentimiento delicioso , un placer inexplicable de estar cerca de Celia, de leer en sus ojos la favorable respuesta á su amor.

Guardaban el mas profundo silencio, parecian dos estatuas en el exterior insensibles, apenas se movian , su

sensibilidad estaba toda reconcentrada en lo interior , dedicada á un solo objeto , para los demás no existian : sus ojos se encontraban á veces. ¿Qué eloqüentes , qué expresivas , qué enérgicas eran sus miradas? Decian muchas mas que las palabras.

La dulce pasion del amor , semejante á un delicioso nectar , se extendia por sus venas , y llegaba hasta inundar de delicias , de placeres , su sensible , su tierno corazon.

Hacia largo tiempo que permanecian en este estado. Celia no se atrevia á dar un paso , su presencia sola hacia toda la felicidad de su amante , tambien hacia la suya la de éste. ¡Qué crueldad privarse , privarle de ella! Leandro está absorto , confundido en su dicha ; sabia solo que estaba al lado de la que amaba , no se acordaba que aun permanecia á sus pies.

Sienten ruido , vuelven de su enagenamiento , Celia se turba , coge el libro , y quiere fingir que lee ; Leandro procura ocultar su turbacion , sus
lá-

lágrimas, su temor, su sobresalto le descubren.

Cárlos entra, ¡en qué instante! Habia seguido por casualidad los pasos de Leandro, oído toda la conversacion. Conoció las conseqüencias que esta pasion podia traer. La vió nacer, calculó la fuerza, el ascendiente que podia tomar si no se la ahogaba en sus principios, ó se la oponia otra que fuese mas favorable á sus ideas. En el instante se le ocurrió un proyecto que pareció el mas seguro.

Elisa habia manifestado alguna inclinacion á Leandro, éste no la habia mirado con entera indiferencia. Le pareció facil vencer una pasion con otra.

Elisa era persona mas peligrosa para una jóven, su figura era bastante agradable, tenia mas gracia que hermosura, mas atractivo que mérito. Su corazon era insensible al amor, jamás habia experimentado semejante pasion. Su gusto estaba en triunfar de los hombres, en sujetarlos, en avasallarlos. Se complacia en despreciar á quien la ama-

amaba , en reirse , en mofarse de su pasion. Sabia perfectamente el arte de inspirar esta pasion , pocos se libertaban de su poder.

Se persuadió á que la seria facil triunfar de Leandro , aseguró á Carlos la victoria , se concertaron entre los dos para dominarle y sujetarle quando le viesen enamorado, hacerse dueños de sus riquezas , despreciarle y olvidarle luego. ¡ Podrá formarse un proyecto mas malvado , mas iniquo! ¡ podrán imaginarse dos almas mas viles ! ¡ Dos corazones mas bárbaros , mas crueles!

Carlos disimuló con Leandro , y fingió que una casualidad le habia conducido á aquel Gabanite , no le habló nada de Celia ; y solo le reprehendió por haber dexado su compañía. La tertulia se acaba, le dixo , las señoras estan impacientes , quieren hablarte antes de despedirse , te buscan por todos lados , y tú te escondes. Leandro le contó el motivo que le habia obligado á entrar en el Gabinete.

La

La excusa no pareció legítima á algunas señoras , le chancearon un poquito , y formaron con él una conversacion muy larga , que á ellas pareció muy corta.

Llegó la hora de marchar. Se vieron salir de todas partes un gran número de personas que pasaban rápidamente de un lado y de otro. Los jugadores se presentaban, los unos tristes, pensativos, desesperados , huían de las gentes , miraban con ceño adusto , y procuraban esconderse entre la multitud ; los otros alegres , triunfantes , orgullosos , reían , gritaban andaban por todas partes , y se detenian en todos lados.

Los petimetres , las petimetras , se cruzaban unos á otros , se miraban al descuido , se desconocian á lo léjos , se echaban sus respectivas miradas de desprecio ó de envidia ; de cerca se abrazaban , se besaban , se demostraban el mayor cariño , el mas tierno afecto. Todos procuraban lucir , brillar , ser aplaudidos ; era un continuo jue-

juego de miradas , de señas , de risas ,
de secretitos.

CAPITULO XXIV.

La cena, y la media noche.

Marchemos , dixo Elisa , tomando el brazo de Leandro con un ayre de triunfo , y caminando con satisfaccion y desembarazo. Carlos acompañó á Filis , los quatro atravesaron rápidamente por entre la multitud, llamaron la atencion , y fueron el objeto de algunas visitas : en esto ya se hallaban á la puerta , el coche de Filis no habia venido , Leandro no tenia allí el suyo , los quatro entraron en el de Elisa , cenaremos juntos esta noche , dixo ésta aun es temprano , no tengo gana de irme á sepultar ahora en la soledad de mi Gabinete. Filis convino , Carlos y Leandro , no se excusaron.

La Casa de Elisa era una de las
mas

mas primorosas de la Corte por la riqueza y belleza de sus adornos , cada Gabinete era de un gusto diferente, se hallaba en ellos todo lo que el luxo puede inventar de mas cómodo y agradable.

Sirvieron bien pronto la cena , fue abundante , fue esplendida : Filis hizo la melindrosa , Elisa agotó el ceremonial , los platos hicieron revivir la satisfaccion : Leandro depuso un poco su ayre pensativo , demostró alguna alegría : Elisa le animaba con sus gracias , la memoria de Celia se entiviaba un poco.

Al medio de la cena se aumentó la compañía , algunas señoras que salian de la Opera quisieron sorprender á Elisa , ésta las recibió risueña , y se alegró en efecto de su llegada , se chancearon , rieron , hicieron un poco de ruido , comenzaron mil conversaciones , que finalizaron al instante , cada una hechó una ojeada de observacion sobre la compañía.

Hablaron de la Opera , elogiaron un

un aria que todos habian aplaudido en el Teatro. Margarita la habia aprendido al instante. La rogaron cantase, y aunque ya no es moda cantar á la mesa , obedeció. Su voz era excelente, su execucion asombrosa , hubo mil vivas. Las demás señoras se picaron de emulacion, quisieron cantar ; bien pronto la mesa parecia un teatro, las voces se confundian , y hacian una Cacophonia espantosa.

El vino de Champaña , el café, los licores aumentaron la alegría , se acabaron los cumplimientos , las ceremonias , nació la familiaridad , se reia de un cabo de la mesa á otro , se formaron mil conversaciones particulares mas ó menos numerosas.

La funcion duró hasta las dos, y acabó con un poco de bayle.

CAPITULO XXV,

Efectos del Amor.

Por qué las mexillas de Celia se cubrian del carmin mas subido al ver, al oír á Leandro? ¿Por qué Leandro se llenaba de temor hablando con Celia, por qué apenas se atrevia á mirarla?... Porque se amaban. Tal es el efecto de esta pasion: hace tímido al que verdaderamente la tiene, no se atreve á descubrir los sentimientos interiores que le agitan; su silencio es eloqüente.

Se hablaron, comenzaron á conocerse, vieron la sensibilidad de sus corazones y se amaron mas. En una conversacion de algunos minutos, hicieron progresos de muchos meses, el amor apresura los instantes, y reúne las mayores distancias. ¡Qué pasion es esta á veces tan violenta, á veces tan quieta, tan suave! ¿Por qué sus dardos hieren al primer golpe, des-

pe-

pedazan , atraviesan el corazon , y en un instante esclavizan al mas libre , sujetan al mas atrevido , avasallan , abaten al mas orgulloso ? Es facil sentir sus efectos , es dificil explicarlos ; se conocen sus propiedades , se ignora su naturaleza .

Si la situacion de estos dos amantes , fue la mas deliciosa en el instante en que sus corazones sentian los dulces trasportes de la pasion , que comenzaba á nacer en ellos , ¡quán dolorosa fue su separacion ! ¡quán triste la ausencia !

Celia permaneció hasta el fin de la tertulia en el mismo parage . Quiso volver á su lectura : leyó algunas hojas : pero si sus ojos miraban al libro , su imaginacion le representaba á Leandro , éste reynaba en su corazon , ocupaba su alma toda entera , nada de lo que leía se fijaba en ella , estaba todá llena de las idéas de amor .

Era la primera vez que experimentaba esta pasion , los sentimientos que la producía la agradaban , pero temia
sus

sus efectos. Sabia las fatales consecuencias que suele producir esta passion quando se forma sin conocer bien las qualidades del objeto amado. Si Leandro es un hombre virtuoso, si sus idéas son puras, como dice, su amor verdadero, y tan violento como blasona, soy feliz. El me hará dichosa, yo le haré dichoso. Seremos el exemplo de una union afortunada. Pero los hombres son habiles en el arte de seducir, saben fingir, disimular, servirse del augusto nombre de las virtudes, tomar sus apariencias para triunfar de la inocencia y del candor. ¡Qué exemplos tan fatales, tan lastimosos nos ofrece el mundo cada dia! Ellos son los que deben servirme de barrera contra los peligros que me pueden amenazar.

Si no sé vencer mi passion, podré á lo menos disimularla. Buscaré todos los medios de conocer el corazon de Leandro, si es bueno, sensible, virtuoso, no debo ocultarle mi passion, debo corresponderle. Si fuese un pér-
 fi-

fido, un malvado, procuraré vencer, dominar mi pasión, huiré de él, dexaré el mundo, me encerraré en una soledad, y así mi virtud triunfará de una pasión rebelde é indocil.

Celia conocia muy bien que amando ya á Leandro no estaba en estado de juzgarle, sus defectos le hubieran parecido virtudes. Los consejos de una madre la hubieran sido útiles, pero la habia perdido en su tierna edad. Dorisa hacia para con ella las veces de tal. Celia la amaba, la respetaba como á la que habia debido el sér; ella la miraba lo mismo que si fuera su hija.

Dorisa era digna del empleo de madre, de amiga, de directora de Celia, su corazón estaba adornado de las mas excelentes qualidades. Unia el entendimiento á la experiencia, el juicio á la imaginacion, la instruccion, el trato del mundo á la virtud. Era hábil en el arte de conocer los corazones, de formarlos, de dirigirlos á la virtud.

No

No le ocultó nada Celia á cerca de su pasion. Dorisa convino en que Leandro viniese á su casa, y se encargó en estudiar su corazon, y procurar conocerle.

Leandro estuvo el resto de aquella noche inquieto, triste, pensativo, suspiraba, se quejaba sin saber por qué. Su corazon sentia una pena, una ansia, un pesar que no podia definir ni conocer, el dulce, el suave sueño huyó de su lecho: solo le acompañaban en él los pesares, las inquietudes. Una multitud de ideas confusas contrarias, vagaban en su cabeza; el nombre de Celia estaba en sus labios, su imágen en su corazon.

CAPITULO XXVI.

La madrugada.

Al rayar del dia, pasó Carlos al quarto de Leandro, se quedó sorprendido al verle despierto.

Los sentimientos de amor, no ha-

habian apagado en su corazon los de la amistad , tal vez los habian aumentado ; ¿á quién podia comunicar mejor las penas , que á un amigo , á quien creía fiel y leal? Se apresura á descubrirle su corazon , á pintarle su passion por Celia. Le pide consejos, auxilios , socorros. Quiere instruirse en las circunstancias de Celia , profundizar su corazon y unirse á ella.

Carlos confiaba en las astucias de Elisa , y se lisongeaba que bien pronto mudaria de language ; no dudaba de que en aquel mismo dia ocuparia en su corazon el lugar de Celia: así pues le daba ya poco cuidado la passion de su Amigo , dexó desahogar un poco su corazon , le procuró inspirar como de paso algunos zelos y desconfianzas , y mudó la conversacion. Pero tú no te acuerdas, le dixo , que Elisa y Filis nos aguardan en la Plaza de la Cebada? Que á noche dispusimos un paseo para la madrugada? ¿que despues debemos desayunarnos con Filis? = Es verdad , pero estoy tan tris-

triste. = Sin embargo es menester cumplir nuestra palabra... haz lo que quieras. Pero tú te arrepentirás; tú conocerás quan buenos son mis consejos. Tú no has amado, pero has experimentado las mugeres. = Cierto. = Sabes que son falsas, inconstantes, que olvidan, desprecian á quien las ama, quieren, idolatran á quien las desprecia = muchas. Pero hay algunas. = ¡Ah! sí. Y quán pocas. ¿Y cómo hallarlas? ¿Cómo conocerlas? Nos enamoramamos por capricho, los defectos nos parecen perfecciones: creemos que la que amamos es la mejor: un triste desengaño nos sorprende en medio de la satisfaccion, ¡qué golpe tan cruel, tan doloroso! Tus razones me convencen. Pero mi pasion, mi pasion. = Siempre tu pasion. La pasion se disipa, se vence, quando se la quiere vencer. = ¡Oh! no es tan facil. En fin dexemos esto. Vamos al paseo, lo lucirás en él. Te presentarás á Elisa con todas las gracias de la novedad. Tienes un vestido diferente del de ayer, nuevo,

G

gra-

gracioso, brillante, de moda, propio de la mañana. Estrenas un virlocho Inglés, es magnífico, dos caballos Normandos, dobles, fuertes, iguales, impetuosos, barniz delicado y transparente como un espejo, pinturas graciosas, lo demás correspondiente.

CAPITULO XXVII.

El Virlocho Inglés.

Carlos y Leandro están ya en su virlocho que se eleva al nivel de los balcones, sacuden el látigo, los fogosos caballos arrancan en su carrera, se hallan de un galope en la plazuela. Dan rápidamente dos ó tres vueltas. Hallan á Filis y Elisa, las dan el brazo para que baxen de su berlina, y pasean juntos.

Estaban vestidas en trage de mañana, mantilla, basquiña negra con encages y flecos, haciendo las tapadas, y mirando al través de los encages. Recorrieron toda la feria, compra-

praron algunos dulces, confites y cosas del tiempo, y se marcharon al Prado. Elisa y Leandro entraron en el virlocho, Filis y Carlos, ocuparon la berlina, y despues de haber dado algunas vueltas por la feria pasaron al Prado.

La mañana estaba deliciosa; el sol comenzaba á salir, doraba las puntas de los árboles, las cimas de los montes; se respiraba un fresco suave que recreaba. Los objetos parecian nuevos, la soledad, el silencio, aumentaban el placer, se veia por todas partes extendida una cierta alegría y contento que parecia comunicarse hasta las cosas inanimadas. Se creeria que las flores, que las plantas, se sonreían y se hacian como sensibles al placer.

Leandro participaba del universal regocijo de la naturaleza, su ayre taciturno y melancólico se habia disipado, la memoria de Celia no le ofrecia entonces ideas de afliccion y desconsuelo. Sus palabras demostraban su

alegría, decia chistes, gracias, jocosidades, contaba mil historietas. Elisa gozaba tambien de un humor placentero. Es verdad que pocas veces era triste y taciturno, hablaron sobre una multitud de asuntos, todos alegres y risueños: tan pronto trataban de modas, alababan las de Madrid, y ridiculizaban las de las Ciudades, como de diversiones y placeres. Uno de los defectos de Elisa, y seguramente de los mayores, era la murmuración, su genio naturalmente malicioso, se complacia en notar los vicios y faltas de todos, en atribuir y en fraguar muchos que no habia. Esto era moda entre sus amigas, y como les faltaba instruccion, la única materia capaz de sostener una larga conversacion.

Leandro tenia este defecto, pero en él era pasajero, lo habia adquirido con la mala compañía de Carlos y sus amigos, y era contrario á su carácter y repugnante á su corazon. En Elisa era natural y formaba parte de su mal carácter y de su perverso co-
ra-

razon. En Leandro notaba mejor los defectos, que provienen del carácter: Elisa los que nacen del trato, de los usos, de las costumbres: aquel pintaba regularmente al hombre; esta al petimetre al ente superficial, especie mixta entre el hombre y el mono, mas semejante al último que al primero. Mientras atravesaron el prado que lo hicieron con la rapidez del relámpago, Elisa murmuró de la mayor parte de sus conocidas. Otra hubiera empleado diez mañanas, le vataron á ella solo algunos minutos; la rapidez de estilo, y la viveza de imaginacion eran una de sus mas brillantes qualidades. En este punto como en otros muchos parecia la moda misma, tal era su habilidad en imitarla.

CAPITULO XXVIII.

Prosigue el paseo.

Elisa empleaba todas sus astucias para inspirar amor á Leandro. Fingia

gia una sensibilidad que no tenia, una pasion que no experimentaba, hacia el papel de una muger enamorada, alababa con el mayor entusiasmo las gracias, el talento, las bellas qualidades de Leandro. Le pintaba como el jóven mas amable.

Jamas se ha fingido una pasion con mas arte. El hombre mas hábil no hubiera conocido el engaño. La pasion fingida la hubiera producido verdadera en el corazon mas duro, mas insensible.

Sus miradas, sus palabras, todas sus acciones, todos sus movimientos tenian un ayre lánguido y apasionado. Los suspiros interrumpian sus periodos, á veces sus ojos llenos de fuego, vivos, brillantes, lanzaban rayos amorosos, otras decaian como vencidos por la violencia de su misma pasion, las lágrimas parecian ablandarlos, apagarlos y obscurecerlos.

Del mismo modo que hay una secreta inclinacion, una cierta analogía entre dos personas, que hace que desde

de el primer instante que se ven, se estimen, se amen; hay tambien por el contrario una especie de discordancia ó desigualdad entre otras que hace que el instante de verse sea el de odiarse.

A Leandro le sucedió lo primero con Celia, ella sintió igual ó mayor efecto. Lo segundo le sucedió con Elisa. Confesaba que tenia mérito, no advertia en ella ningun defecto; pero la primera vez la miró con indiferencia, y despues comenzó á desagradarle. De otro modo no hubiera podido resistir á sus astucias. Corazones insensibles, hombres experimentados habian gemido baxo su yugo, y habian sentido la pasion que ella habia querido inspirarles.

Asi, pues, todos los esfuerzos de Elisa fueron inútiles, no pudo inspirar á Leandro mas que sentimientos pasageros, nunca un verdadero amor; sin embargo creyó haber logrado su intento, y se lisongeaba de ello: La engañó su demasiada confianza. ¿A cuántos sucede lo mismo?

CA-

CAPITULO XXIX.

El Almuerzo.

La madrugada ha sido hermosa, el poseo excelente, la Feria estaba agradable, el prado delicioso. Nuestro birlocho ha corrido como una exhalacion, tiene un movimiento suave, no se siente, no se percibe, es primoroso, está perfectamente construido; el barniz es el mas trasparente, el color el mas brillante, las pinturas las mas graciosas; todo es del mejor gusto. Los caballos corren como ciervos, son arrogantes, son soberbios, ¡qué fogosidad, qué ímpetu!

Leandro ha estado divertido, chistoso, original, y ridiculiza con mucha gracia, pinta con viveza. Nos hemos reido de vosotros.-- De nosotros, dixo Filis, la proposicion es original. La ingenuidad es invidiable, merece imitarse, tambien nuestra conversacion se ha dirigido á veces contra vosotros; muy bien, muy bien, dixo Leandro

dro

dro dando grandes carcaxadas. Todos tenemos nuestro ridículo, si nos reimos de los demas, porque no sufrirémos que se rian de nosotros. Es menester hacernos una mútua confianza.

Tal era la conversacion que la alegre compañía traía al subir la escalera, ya entrando por cierto por las antesalas, donde resonaban las estrepitosas risotadas. Esto supone precisamente que ya habian salido del Prado, llegado á casa, y apeados.

La casa de Filis, estaba amueblada con mas riqueza, gusto y profusion que la de Elisa. No hay que temer que yo haga la pintura particular de cada adorno, de los Aravescos, de las porcelanas, de las estatuas, de las pinturas, de los espejos, de los estucos, de los mosaycos, &c. no es tiempo de digresiones.

Despues de haber atravesado una multitud de salas, á qual mas primorosamente adornadas, entraron en un pequeño Gabinete. Perdoneme el lector,

tor, tengo de hacer aquí su descripción, porque es necesario. En aquel corto recinto se hallaba reunido, quanto el luxo puede inventar de mas costoso y delicado: grandes vasos al gusto griego, exhalaban los perfumes mas olorosos, que embalsamaban el ayre. No se podia volver á parte alguna la vista ni subirla al techo sin ver su imágen retratada en tersos y hermosos cristales que formaban las paredes del Gabinete. El arte del Dorador, del Esmaltador, del Grabador, parecian haber contribuido á porfia á su adorno. ¡Qué dorados tan brillantes, tan bruñidos! ¡Qué esmaltes tan delicados! ¡Qué colores tan vivos! ¡Qué mezclas tan caprichosas! ¡Qué dibujos tan originales!

Se habian representado en diferentes quadros que formaban los tableros de cristal, varios asuntos de Mitología: aquí Venus salia de entre las olas del mar, seguida de las gracias sus perpetuas compañeras: en otra parte estaba representado el tocador de

de la Diosa ; una tropa de graciosos geniecillos , volaban á su alrededor , y la ofrecian atavíos que servian á dar realce á su hermosura , sobre humana: sus amores con Adonis , los zelos de Vulcano , el juicio de Páris , estaban representados en los demas quadros.

Leandro y Carlos alabaron el gusto , la riqueza de aquel Gabinete, y envidiaron á Filis la dicha de poseerlo. Se sentaron en los sofás , en los canapés , se alabó el gusto del luxo moderno , se comparó con el de los antiguos , y se halló una diferencia notable. Los antiguos no tenian gusto en sus adornos , decia Filis , no conocian la conveniencia , la comodidad , no sabian unirla con el placer , sus casas consistian en quatro ó cinco grandes salas , que parecian de bayle , carecian de esta multitud de Gabinetes , unos mas grandes , otros mas pequeños , pero todos cómodos y graciosos , sus adornos eran pesados y feos ; tapices ó colgaduras de damasco ó terciopelo ,
gran-

grandes sillones , pesados armatostes de évano , cargados de estatuas , de figuras , de ojarasca , de madera , de bronce , de marfil , muchos quadros confusamente mezclados. Los antiguos eran pesados en todo , añadió Elisa , nosotros somos ligeros , vivos , alegres , originales. Sus adornos , sus modas , sus cumplimientos , sus usos , sus costumbres fastidiosas. Una señora de aquellos tiempos parecía una prendería ó una tienda de Mercader , desde los pies hasta la cabeza estaba cargada de pedrería , de galones bordados de oro ó de plata , de telas fuertes de seda , que formaban un peso enorme que agoviaba , y no dexaba moverse á quien las llevaba.

Nuestras modas son ligeras y cómodas , dan desembarazo y libertad , gracia y bella disposición al cuerpo. Las señoras de los tiempos pasados parecían máquinas ó estatuas , figuras de perspectiva sin movimiento , sin alma ; nosotras al contrario , somos todo espíritu , todo viveza , todo gracia-- Hable-

blemos de modas, dixo Carlos— Y que hay que decir, respondió Filis. Nada hay de nuevo, todo envejece, hace un mes lo menos que no hemos mudado de modas: que no ha sucedido alguna novedad de importancia. No hay de que hablar, es una secatura, mi modista hace ocho días que no viene; la última moda que me traxo era la mas graciosa, me iba *excelentemente bien*: mi Peluquero hace dos meses que estudia un nuevo prendido: será un *Xefe de obrador*. A propósito de Peluqueros, dixo Carlos: el Baron de... ha perdido enteramente su reputacion, aunque era de las mas acreditadas. Se atrevió á presentarse en el bayle de Victoria con un peynado que hace un mes no se usa. Sus vestidos eran del mejor gusto, el talle alto y bien estrecho, el chaleco corto, los calzones larguísimos, las medias de manchas de mil colores, solapas grandes, pañuelo al cuello con un lazo bordado de tres colores, estaba hecho un Adonis, un Narciso, un petimetre: se rieron, se

mo-

mosaron, le aburrieron con chanzas irónicas, con equívocos, se retiró avergonzado: no se ha atrevido á presentarse— ¡Qué estilo tan pesado! Reprehendeis á los demas, reprehenderos á vos mismo. Encerrad en dos palabras un concepto, y pintar á un hombre en una.... Hablad por epigrafes. Variar á cada instante-- La Feria encanta-- El verano me mata-- Las noches son excelentes-- La Plazuela de la Cebada es un cúmulo de diversiones-- Es la cosa mas agradable-- Gritos de una parte: cumplimientos de la otra, alegría, alboroto en todas: objetos nuevos: muebles extravagantes: confusion agradable, chiste, gracejo, chanza. ¡Qué placer! ¡Qué delicia!... La Comedia me fastidia. La Opera me encanta, el bayle me arrebat... Pero dexemos esto: pensemos en nuestro desayuno.

Filis hizo una señal: al instante los cristales se desaparecen, nuevos objetos se presentan á la vista sin moverse de su sitio, se hallan en una sala ancha, magnífica, despejada: las mismas

mas paredes de cristales , diversos y aun mas primorosos adornos , estatuas , pinturas , baxos relieves de un lado y otro : todos los primores de las artes reunidos. Los cristales representan á un lado jardines deliciosos , á otros fuentes cascadas , piramides , obeliscos.

En medio se elevan mesas cubiertas de toda suerte de manjares , frutas , dulces , vinos , quanto la tierra produce de mas agradable al paladar. Los Deseres (a) ofrecen caprichosas invenciones ; Teatros magníficos , Palacios primorosos , bayles de máscara , ruinas de edificios antiguos , prespectivas chinescas , paisages deliciosos. Una numerosa y escogida compañía los aguardaba.

Carlos y Leandro quedaron absortos y sorprendidos. ¡Qué maravilla! decia el uno , ¡qué poder mágico! decia el otro.

Eli-

(a) Podria decir ramillete : seria un término mas español ; pero ménos de moda : no me atrevo á contravenir á ella.

Elisa añadió con un tono afectado, se conoce que tu marido ha viajado, que ha estado en Londres centro del gusto, de los placeres, estas ideas solo se pueden adquirir en países extranjeros. Aguardabamos un almuerzo, dixo Leandro, y nos dais un banquete. Esto es á la Inglesa, dixo Elisa, en Inglaterra se usan mucho los grandes almuerzos.

Por esta razon no me detengo en hacer la pintura del almuerzo, basta decir que fue abundante, delicado, exquisito, bien servido. Que se hicieron varias conversaciones todas alegres y divertidas, se alabó el gusto del Cocinero, y el primor del Repostero; las viandas, los vinos, las frutas que producen los diferentes países; en lo que cada uno de los convidados demostró una instruccion profunda.

CA-

CAPITULO XXX.

El bayle y la música.

Va era medio dia , y aun estaban en la mesa. El Maestro de música de Filis llegó á este tiempo. Era un jóven de mediano mérito en su figura, mucha viveza, mucha afectacion, mucha moneda ; se le mandó entrar, fue recibido con júbilo. Le ofrecieron un asiento, comió algunos dulcecillos, cantó una cabatina nueva, tocó alguna cosa alegre en el Forte-Piano, criticó todos los Actores de la Opera, las piezas representadas, la Música, los Autores, los Executores ; tambien murmuró algo, todo en dos minutos.

Iba á marcharse: la Condesa de.... me aguarda, el Baron de..... está á la puerta con su berlina, no puedo detenerme, estoy muy ocupado, no tengo un instante mio. Las damas le rogaron, le porfiaron. Leandro quiere ser tu discípulo, le dixo Elisa es

H

HO-

necesario que toques para que forme idea.

Leandro era bizarro, pagaria bien sus lecciones, se detuvo, tocó primores, agotó su saber.

El Maestro de bayle siguió al de música, la misma superficialidad, la misma ligereza, el mismo mérito. Saludó saltando, y haciendo pasos de bayle, recorrió la sala, se miró en los cristales, habló y se dispuso á marchar, pero le detuvo la misma causa que al otro.

Los dos se llenaron de emulacion, y procuraron brillar á porfia. Deseaban hacerse estimar de Leandro, Elisa y Filis los aplaudian, los alababan, los consultaban á cada instante; era un continuo cambio de puerilidades, de niñerías: el uno hacia brillar las manos, el otro los pies; mientras el uno executaba con ligereza cabriolas, pasos difíciles, ensayaba contradanzas nuevas, el otro se envanecía de la velocidad de sus dedos, de su facilidad, de su delicadeza y suavidad.

Can-

Cantaba las coplas mas nuevas, las tocatas de Opera mas aplaudidas, aunque no las mas buenas.

El bayle, la música, el juego, hicieron del dia un ligero instante; los placeres hacen volar el tiempo, reducen las horas á minutos quasi imperceptibles. Les parecia que estaban al principio de la mañana, y ya eran las quatro de la tarde. Todos se retiraron, los Maestros hicieron mil saltos, mil contorciones respetuosas á Leandro, se elogiaron el uno al otro los talentos que no tenian, y salieron veloces á repetir la misma escena en muchos otros parages.

Filis pasó á su tocador, donde ya la aguardaba rato habia el Peluquero, para disponerse para ir á la Opera, donde debian volver á juntarse. Elisa, Leandro y Carlos, se retiraron igualmente á vestirse y á peinarse.

La Opera.

Leandro está ya en su tocador, no nos detengamos con él, demos por pasado el tiempo, supongamosle ya con un peynado, un vestido, todo diferente del de la mañana, y aun mas brillante y primoroso.

Iremos á la Feria á juntarnos con Elisa y Filis, dixo Carlos. — No, quiero estar solo, correr todas las calles, las plazas, las plazuelas, ir á los teatros, pasar un instante por la Feria, y luego ir á la Opera; estaremos un rato en el palco de Filis.

Asi lo hizo; paseó por las calles y plazuelas de mas concurso acompañado de Carlos, aquí se detenia á ver un libro, allí se paraba delante de un espejo, mas allá ajustaba una alhaja que le habia gustado, y en otra parte se reía con algunos amigos de los ridículos muebles, ropas, y trastos que estaban de venta.

Pa-

Pasó por el teatro, entró en él, subió al palco de Honorina, se detuvo un instante, habia muchas Señoras, dixo algunas chanzas que hicieron soltar algunas carcajadas, y llamaron la atencion del patio. Hizo juicio de los Autores, criticó á algunos, alabó á otros. Habló tambien de la pieza. Hizo veinte cortesias. Miró á todas partes con su antejo. Escuchó un poco de la tonadilla, y se marchó disgustado.

Ya era de noche, entró corriendo y como atolondrado en la Feria, dió tres ó quatro vueltas, vió á Filis y Elisa, que paseaban en cuerpo, hizo el distraido, y pasó á otro lado por no hablarlas; se detuvo un instante con algunos amigos, sacó el relox; ya era tarde.

La Opera estaba comenzada, mejor: es el instante mas propio para atravesar la galeria, llamar, y fixar la atencion. Así sucedió: Leandro entró en medio del recitado; no es moda escuchar entonces: la atencion se guarda

pa-

para una ó otra de las arias , lo demas del tiempo se pasa en conversacion , en mirarse los unos á los otros , en reconocer el brillante espectáculo que forman las galerias , los palcos , las lunetas , cubiertos de los mas lucidos personajes.

Se sentó en la galaria , sacó el antejo , hizo una multitud de cortesias , miró al teatro , habló de algunos actores , se detuvo un instante muy corto , á poco rato pasó al aposento de Filis , alabó su vestido , el primor de su peynado. Le dieron quejas por su distraccion , se escusó graciosamente , hizo reir , sacó algunos dulcecillos : enseñó un pomito de agua de rosas , echó olor en los pañuelos , alabaron su gusto , y le pidieron el nombre de su mercader de perfumes.

Adela y Aurelia , que estaban al otro lado del teatro , le llamaban con los abanicos , y le hacian señas ; se aprovechó de un instante de distraccion ; se escabulló velozmente. Aurelia queria ver su chaleco , que se lo habian alabado mucho. Le gustó : se
for-

formaron algunas conversaciones sobre el mérito de los Actores; dos célebres Actoras dividian los votos, y formaban dos diversos partidos. Los unos aplaudian el juego de teatro, la expresion, el talento, la execucion, el gusto de la una; citaban pasages en que habia arrancado las lágrimas de los expectadores, en que arrebatada por su entusiasmo habia salido de los límites de la nota musical, y sobrepujado al mismo compositor, executando primores que él no habia imaginado.

Los otros elogiaban á lo sumo la delicada voz, la soberbia execucion de la otra, que reunia en sí todas las gracias, todas las bellezas del canto; su voz, decian, arrebatada, suspende, eleva, enagena, es un cantar mas que humano, se diria que asi como Orpheo con la Lira, ella con su voz hace sensibles á las piedras, y á los entes inanimados, si no se supiera que todas estas son ficciones del espíritu arrebatado de admiracion.

Lean-

Leandro era el único tal vez que no tenia partido alguno , ó por mejor decir que era de los dos , estimaba el mérito de ambas Actoras , y admiraba sus bellas qualidades. La voz de la una , su melodioso canto le arrebatava, la expresion teatral de la otra producía en él todos los sentimientos, todas las pasiones que queria excitar. Los dos son inimitables , son superiores , son únicas. Reunen todas las buenas qualidades, sobresalen en algunas, en las demas son excelentes. Nadie iguala á la una en la voz , en el primor de su canto , pocas la aventajan en la execucion en las demas partes de la representacion teatral ; su mérito sobresaliente no debe destruir los demas, si su melodioso canto no la hiciese una Actora superior, sublime, única, las demas qualidades la harian excelente , y siempre ocuparia un lugar distinguido. Decia lo mismo de la segunda.

La Opera de aquel dia era una de las mas célebres , y en la que brillaba mas el mérito de la segunda Actora.

Iba

Iba á cantar un Aria , se suspendió la disputa acerca de su mérito , en ella se superó á sí misma. Jamas se habia oido una voz tan dulce , tan suave , tan melodiosa ; llamó la atencion de los expectadores. Un silencio profundo reinaba en todo el auditorio , arrebatava , elevaba , suspendia , el entusiasmo se apoderaba de todos ; sus mismos enemigos no pudieron resistir á tanto primor , fueron los primeros en elogiarla , en aplaudirla , en alabarla. El ruido pesado é importuno de las palmadas interrumpia á cada instante el canto , y disipaba la ilusion. El silencio , ciertas miradas de admiracion , de entusiasmo , una ligera y poco estrepitosa palmada de algunos , era un elogio , un aplauso mas estimable , que la griteria y el alboroto de la multitud.

CA.

CAPITULO XXXII.

Conversacion.

No me hables de Filis , ni de Elisa , su carácter superficial , sus monadas me fastidian , solo son buenas para un instante , al segundo enfadan.

Los placeres que he disfrutado hasta ahora me desazonan. Los hombres me se figuran á veces superficiales , las mugeres coquetas ; lo que llamamos finura , gracia , cortesía , política , me parece desatencion y mala crianza , cubierta con una multitud de palabras aparentes.

Hoy no salgo de casa ; nada me gusta. La Feria me parece solo una gritería ; las tertulias una confusion ; el juego una pesadez ; la Opera un ruido importuno ; la Comedia una extravagancia , ó con confuso monton de disparates. ¿Qué haré ? Asi hablaba Leandro á Carlos , y en sus palabras

bras demostraba estar poseido de un mal humor, que imitando á los Ingleses llamamos *Splinn*. Es moda entre muchos petimetres, tener ó fingir que tienen este mal humor: dan este nombre á la mas ligera desazon que les incomoda.

En Leandro no era moda, era realidad. Los genios demasiado sensibles á la alegría, lo son igualmente á la tristeza. Los mas alegres son igualmente los mas tristes. Las circunstancias deciden de lo primero, ó de lo segundo: ¿son felices, son poderosos, sus gustos, sus caprichos estan satisfechos, gozan toda suerte de placeres? entonces son la alegría misma, el júbilo, el contento, el regocijo. Por el contrario, sufren, padecen, experimentan trabajos, aflicciones, desgracias, la mas profunda tristeza se apodera de su corazon; contraen un espíritu, un humor triste, misántropo, un carácter sombrío y taciturno.

Tal era Leandro, extremado en la alegría, extremado en la tristeza, igual-
men-

mente sensible á los placeres que á las aflicciones.

Carlos comprendió al instante la causa de la tristeza de su amigo : no es difícil de adivinar ; el amor produce algunas veces la alegría , el contento ; las mas , la tristeza , la inquietud. La vista de Celia causaba en él la mas excesiva alegría ; su ausencia la tristeza mas profunda. La compañía de Filis y de Elisa , los placeres que sin interrupcion alguna se habian sucedido unos á otros , habian tenido su pasion como suspensa. Se desapareció la ilusion , cesó el encanto , y el amor renació con mas fuerza.

Quería que la idea de Celia ocupase siempre su imaginacion , que su imagen fuese la única que quedase grabada en su corazon. Estas ideas solo podian alimentarse , crecer , fortificarse en la soledad. La sociedad , la compañía de cierto género de gentes , los placeres , debian necesariamente debilitarlas , por esto amaba la soledad , y aborrecia la compañía.

Car-

Carlos quiso valerse de su ascendiente, forzarle á salir, á buscar medios que disipasen su humor taciturno, fue inútil, le desobedeció por la primera vez.

Quedó solo en su Gabinete, entregado á una dulce melancolía, abandonado á sus propias ideas, agitado por las pasiones mas contrarias. Traia á la memoria las palabras que Celia le habia hablado, sus miradas, sus acciones, todos sus movimientos. Le parecia que la veia aun, que la hablaba, que la pintaba su pasión. La imaginacion formaba ilusiones que parecian realidades. Tal es su fuerza. Tal es su poder.

Contemplaba su hermosura, su gracia, todas sus bellas qualidades, las alababa, las ponderaba con términos que demostraban lo ardiente de su pasión. Se imaginaba una multitud de situaciones deliciosas, de sucesos, de incidentes, de circunstancias acomodadas á sus deseos, y á sus ideas. La ilusión se disipaba, se desvanecía
la

la imagen de Celia. Leandro veía que su imaginacion le engañaba.

No puedo vivir sin Celia, se decía á sí mismo, en ella consiste mi dicha, mi felicidad. Para mí su ausencia es la muerte, su presencia la vida. Su hermosura, su gracia me encanta, me enagena; su virtud me admira, me suspende. No la he visto mas que una vez, y una vez sola me basta para conocer su carácter. Las señales que le demuestran no son equívocas, se ofrecen claramente á todos. Su virtud se da á conocer á primera vista; del mismo modo que de una sola mirada se percibe la maldad de otros. Los placeres, la dañosa, la perjudicial compañía de Filis, de Elisa me han producido un gozo superficial, y me han privado de una dicha verdadera; he estado un día sin ver á Celia.

Me acuerdo que me citó casa de Dorisa, tal vez tendré la fortuna de hallarla allí, sino no tardaré en verla. Me echaré á sus pies, la haré conocer la fuerza, la violencia de mi pasión,
el

el estado lastimoso á que su ausencia me reduce. Es sensible, me ama, sus ojos me lo han dicho : nada me negará de quanto no sea contrario á la virtud. ¿Y sería yo tan bárbaro, tan malvado, que no respetase su mas bella qualidad, que la da un mérito superior? mis pretensiones serán siempre conformes á la virtud, dirigidas á ella.

CAPITULO XXXIII.

La muger de juicio.

Quál será pues la muger de juicio, de entendimiento, de prudencia?... en esta novela Dorisa, en el mundo muchas que se la parecen, y que suelen estar ocultas, porque el vicio es orgulloso, y la virtud modesta y retirada.

Solo ellas pueden formar una idea cierta y segura del carácter de una persona. Han estudiado el corazon humano, y saben descubrir sus mas ocultos

tos dobleces, observan el interior, comparan, exâminan, analizan; sus juicios son ciertos.

Al contrario las coquetas, las mugeres locas, superficiales, juzgan por capricho, y no por razon, se equivocan siempre, miran á la apariencia, segun ella deciden. Para este género de mugeres, el hombre mas perimetre, mas atolondrado, mas calavera, suele ser el mas apreciable.

Celia no estaba en casa de Dorisa quando Leandro llegó, los dos tuvieron una larga conversacion. Dorisa ya tenia los informes mas ciertos y seguros de él, sabia toda su vida, su primera educacion, su amistad con Carlos, el carácter de éste, su conducta en la Ciudad, sus aventuras en la Corte, estos hechos eran muy utiles para hacer un juicio cierto. Los comparó con sus propias observaciones, procuró estudiar el corazon de Leandro, y le fué fácil: su sencillez, su ingenuidad le abrian le manifestaban a todo el que queria exâminarle,

le, no se contentó con una conversacion sola, tuvo muchas, y sobre diversas materias, aguardó á que el tiempo confirmase, consolidase, aclarase sus observaciones, entonces decidió, y decidió con tino y con acierto.

Celia oía el juicio que su amiga habia formado de Leandro, como la sentencia de su felicidad, ó de su desgracia. Estaba segura de que no la engañaria.

Leandro, la dixo, te conviene, es la persona mas digna de tu amor, es el esposo mejor que puedes escoger, tiene las mas bellas qualidades, las mejores disposiciones; por bueno que sea el juicio que hayas formado de él, el que desees formar, aun no tendrás la idea verdadera del carácter de Leandro, es superior á todo eso. Pero me han dicho, respondió Celia, que es un libertino, abandonado á toda suerte de placeres, entregado al luxo y al juego, que ha disipado gran parte de su caudal, y que pronto quedará enteramente arruinado; me han hablado

I

de

de varias aventuras algo escandalosas.... Es verdad, ha sido, es aun algo libertino: no tanto como te han dicho, hay bastante exâgeracion. Sus disposiciones son excelentes, su primera educacion fué buena, tuvo la desgracia de perder á su padre, demasiado temprano. Un falso amigo le ha corrompido, le ha conducido al libertinage; no obstante, no se han apagado en su corazon las semillas de virtud, aun existen: es facil hacerlas revivir, te ama, su pasion es excesiva. Basta que tú quieras que sea virtuoso, lo será al instante: el deseo de agradarte lo hará mudar de vida: seguirá tu exemplo, observará tus consejos como si fueran preceptos, no se separará de ellos. -- Dentro de poco verás en él una reforma la mas admirable. -- ¿Pero y su amigo? -- no temas, tienes mucho ascendiente en su corazon, admira tu virtud, y la imitará quando vea que es el único medio de agradarte, entonces es facil advierta las malas costumbres, el liberti-

tinage de su amigo : tal vez podremos hacerle conocer su falsedad , sus engaños , los medios que ha empleado y emplea para perderle. -- Tú apruebas, pues, mi pasión, tú la autorizas, debo amar á Leandro : seré feliz? -- Si lo serás , porque él será virtuoso : los sucesos corresponderán á mis esperanzas, son bien fundadas.

Qué alegría , qué contento para Celia , temia que su pasión causase su desgracia , y ve en ella su felicidad: puede amar á Leandro sin recelo alguno : una amiga verdadera se lo aconseja.

CAPITULO XXXIV.

La virtud triunfa.

Celia es virtuosa , está llena de mérito , de gracia , de talento : no os engañais en la idea que habeis formado, merece vuestro amor, es digna del título de vuestra esposa , sereis feliz con ella.

Pero yo quiero que vuestra elec-

cion no sea precipitada, que no os dexéis arrebatár de la pasión; que consultéis á la razón; que no sigáis ciegamente, ni vuestra inclinación, ni mi dictamen, es fácil el que os engañéis.

Consultad la razón que nunca engaña: tomaros tiempo, miradlo con reflexión y madurez; la elección de estado es la cosa mas delicada; de ella depende la felicidad ó la desgracia de toda nuestra vida; no solo la nuestra, si tambien la de una inmensa descendencia.

Tratad á Celia, habladla, experimentadla, observad, escudriñad su corazón, procurad conocerla á fondo. Disipad por algun tiempo las ilusiones de la pasión. Y no os resolvais hasta que hayais formado á fuerza de tiempo y experiencia un juicio cierto y seguro de ella.

Informaos tambien de su estado, de sus circunstancias, de su clase, de su nacimiento: es igual á el vuestro; su familia muy noble y distinguida; su padre honrado, pero pobre. No tiene
ma-

madre, la perdió siendo aun de corta edad. Su padre ha procurado darla la mejor educacion. Celia se ha aprovechado de ella. Tiene todas las habilidades que corresponden á su sexò. No es literata, ni pretende serlo, pero tiene alguna instruccion en las ciencias, lo suficiente para hacer su conversacion florida y agradable. Es económica, prudente, juiciosa, aplicada, amante del trabajo, exâcta en el cumplimiento de sus deberes, de sus obligaciones.

Pero yo quiero que estas bellas qualidades las conozeais por vos mismo, y que una reiterada experiencia os persuada, os convenza de ella.

Asi hablaba Dorisa á Leandro, tales eran los consejos que esta muger prudente le daba.

Leandro no hubiera querido retardar su felicidad; pero conoció que debia hacerlo para asegurarla mas; siguió los consejos de Dorisa, empleó bastante tiempo en observar el genio, el carácter de Celia, se informó de su

es-

estado, de su clase, sus experiencias correspondieron con la pintura que Dorisa le habia hecho, satisficieron, contentaron sus deseos.

Cada conversacion con Celia, cada experiencia, cada observacion le hacia descubrir nuevas virtudes, nuevas gracias en ella; su gozo, su contento se aumentaba á medida que conocia mas y mas su carácter. Crecia su pasion, se felicitaba, se aplaudia de la feliz casualidad que le habia hecho hallar aquel tesoro tan precioso; pues en efecto, lo es una muger virtuosa.

Celia procuraba formar el corazon de Leandro, apartarle del vicio, inclinarle á la virtud; su exemplo era para él el mayor estímulo, oía sus consejos, y los seguía con la docilidad de un niño, con el gusto, con el contento de un amante.

Celia experimentaba el mayor placer, el mayor contento en ver como los efectos correspondian con sus ideas. El pronóstico de Dorisa salia cierto. Leandro caminaba á largos pasos ácia el
el

el templo de las virtudes; sus conversaciones respiraban el sentimiento tierno y delicioso de la virtud, se hablaban con libertad, con ingenuidad, no se ocultaban nada, se descubrían libremente su corazón; porque era puro y recto: solo el malvado sabe los rodeos del embuste, de la astucia, y del engaño: el virtuoso se descubre porque de nada teme; el vicioso se esconde, se oculta baxo la máscara de la hipocresia, porque el vicio es disforme, es aborrecible, y debe temer el ser descubierto.

Celia no ocultaba á Leandro que le amaba, porque le veía digno de su amor. Los dos se decían mutuamente: no es tu figura, tus gracias, tu hermosura la causa de mi excesiva pasión, es solo la sensibilidad de tu corazón, la sencillez de tu carácter, la bondad de tu génio, la virtud de tu alma, la pureza, la rectitud de tus intenciones; amo la virtud desde que te conozco, decía Leandro, porque tú pareces la virtud misma: porque
no

no te se puede amar sin amarla. Si yo me separase del camino que conduce á ella, tu memoria sola me volveria á él; te debo mi felicidad, te debo mi dicha, te debo todo mi bien.

Era consiguiente á esto la reforma en las costumbres, en la conducta de Leandro, dexó sus antiguas amistades compuestas todas de gentes viciosas y corrompidas. Se separó de Filis y de Elisa. No frecuentó mas las casas de juego: huyó de las concurrencias, de las juntas dañosas y perjudiciales á que antes asistia, reformó su excesivo lujo, sin faltar por esto á la decencia de su clase, ni rebaxar en nada el esplendor que hasta entonces habia tenido.

Miró su antiguo estado, y se horrorizó, analizó sus placeres pasados, y vió que eran bien amargos, advirtió que lo que antes creia felicidad, era solo una ilusion, una fantasma. Conoció los peligros á que habia estado expuesto, los males, los daños tan funestos que le habia acarreado su vida pasada.

Las

Las gentes del Gran-Mundo, los petimetres, las coquetas, las personas superficiales, y atolondradas, se reía, se mostraban de la conducta de Leandro, ridiculizaban su amor con Celia, y lo notaban de extravagancia, de originalidad.

Elisa picada de su desayre, extendia sátiras amargas y crueles contra Celia y su virtud. Los ribales de Leandro forjaban mil cuentos insípidos, que solo su malignidad podia sostener algun tiempo, se aplaudian de que su primer juicio habia sido cierto, y decian que su hombre era un verdadero salvaje, que solo habia podido brillar un instante por sus riquezas. Carlos entraba á la parte en todas las sátiras y cuentos contrarios á la reputacion de Leandro y Celia. Pero delante de él guardaba el mayor disimulo. Viendo que no podia oponerse á su conducta, fingió aprobarla y aplaudirla, y procuraba conformarse á ella aparentemente.

Leandro no habia pensado que
Car

Carlos fuese la causa de su libertinage. Tal era la buena opinion que tenia formada de él, ó por mejor decir, tal era la bondad de su carácter; al contrario, se imaginaba que las riquezas, la ociosidad y la juventud, habian sido la causa de la corrupcion de los dos.

CAPITULO XXXV.

¿Se ocultará la maldad?

No siempre.... al contrario, es muy frecuente el que se descubra, es muy comun que reciba el digno castigo; engaña, triunfa por un instante, pero tarde ó temprano se descubren sus ardidés y su astucia. La virtud sola, triunfa al último aunque sea perseguida y abatida, y recibe por fin el premio merecido.

Carlos á fuerza de astucias y ardidés, habia dominado á Leandro, su maldad se habia ocultado baxo el velo de la amistad; le habia corrompido, conducido al libertinage, á la di-

disolucion. Llegaba ya el instante en que todo debia descubrirse, porque Leandro amaba la virtud, y el vicio no podia hermanarse con ella.

El mismo Carlos apresuró su ruina, viendo que ya habia perdido el ascendiente que tenia sobre el corazon de Leandro, que los esfuerzos de Elisa eran inútiles, pensó valerse de Dorisa para que engañase á Celia, y entre las dos seduxesen á Leandro. El primer proyecto que Carlos formó para trastornar la virtud de su amigo, era malvado, éste era iniquo y disparatado. Bien es verdad que Carlos no conocia la virtud de Dorisa y de Celia, y se persuadió que el dinero podria alucinarlas.

Pidió á Dorisa una conversacion particular, y la obtuvo: Dorisa sospechó alguna cosa. Le señaló hora, y estuvo puntual á ella.

La propuso su proyecto, la hizo ver las ventajas, la ofreció quanto podia lisonjearla.

Dorisa no se admiró de aquella mal-

maldad , le creía capaz de ella ... ¿Me
 suponeis , le dixo , tan malvada co-
 mo vos? Os engañais , vuestras pro-
 mesas no me trastornan. Mi suerte es
 mediana , estoy contenta con ella. No
 apetezco las riquezas , las miro como
 dañosas , como perjudiciales. El pla-
 cer de la amistad es mi superior
 á todos los que pueden producir las
 riquezas. Leandro y Celia son muy ami-
 gos , y si vos habeis sido capaz de
 engañar al uno , yo miraría como el
 delito mas atroz el engañar á los dos.
 Sí , soys un falso , un pérfido ami-
 go : sé toda vuestra conducta , es la
 mas malvada , la mas abominable : ha-
 beis corrompido un jóven naturalmen-
 te virtuoso : le habeis conducido al
 libertinage , y á la disolucion : os ha-
 beis valido de los medios mas viles pa-
 ra dominarle , para sujetarle , para
 mantenerle en la especie de dependen-
 cia en que lo teniais , y que tan útil os
 era : sé vuestros manejos , vuestras in-
 trigas , con la astuta y mañosa Elisa :
 sé los medios de que os habeis va-
 -li-

lido para robarle sus riquezas, y apresurar su ruina.

A este tiempo entró Leandro, su rostro hasta entonces dulce y cariñoso, se volvió de repente espantoso y fiero. La perfidia de su amigo le habia herido hasta lo mas profundo de su corazon. Le parecia su delito el mas atroz, digno del mas cruel castigo.

Carlos no pudo sostener sus miradas. Quedó tan sorprendido qual si hubiera visto caer un rayo abrasador, su delito le embargaba la voz, no sabia qué decir. ¡Qué temblor! ¡qué confusion! El hombre virtuoso no padece jamas semejantes tormentos, están reservados para castigo de los malvados.

Huye, huye, vil amigo, le dixo Leandro con una cólera que en vano se esforzaba en contener: escondete en lo mas profundo de la tierra, evita la vista del hombre á quien has injuriado tan pérfidamente. Has abusado de mi sencillez, te has valido del sagrado velo de la amistad para engañarme, para
per-

perderme ; tu delito exigia todo el rigor de mi cólera : pérfido, eres indigno de vivir entre los hombres.

La cólera dominaba ya á Leandro la presencia de Carlos le irritaba, le enfurecia de tal modo, que apenas podia contenerse, la venganza ardia en su corazon.

Iba á tirarse á él y hacerle expiar con la muerte todos sus delitos. Celia entró al instante; su rostro cándido é inocente, semejante al iris que calma y sosiega la tempestad, apagó todo el furor de Leandro.

La venganza, dixo esta virtuosa criatura, es indigna de una alma grande: los remordimientos que devorarán siempre á Carlos, serán un castigo mas cruel de sus delitos, que la misma muerte. Que vea nuestra dicha, nuestra felicidad, y este será para él un tormento insufrible. Que conozca que sus astucias, sus perfidias se han vuelto contra él mismo.

Dorisa hizo seña á Carlos que se aprovechase de la calma de Leandro

y

y huyese. Pero dónde iría que no le persiguiesen sus propios delitos. Fue infeliz, fue desgraciado desde aquel instante, aborrecido de todos los que le conocían, odiado de todas las personas honradas.

CAPITULO XXXVI.

La Esposa á mi gusto.

Cómo Leandro y Celia se habían llamado á la conversacion de Carlos y Dorisa?... Por disposicion de ésta sospechó las ideas del falso amigo, y pidió á los dos amantes separadamente el que permaneciesen ocultos cada uno en una habitacion cercana. Quería presentar de este modo á Leandro una prueba clara y convincente de la perfidia, de la falsedad del que se llamaba su Amigo, hacerle conocer por menor sus maldades, sus astucias y sus engaños, separarle de una compañía tan dañosa, tan perjudicial, y vencer el único obstáculo que podia

opo-

oponerse á su virtud, y á su felicidad.

Este desengaño fue bien fatal, sin embargo, al sensible, al bien intencionado Leandro, cayó en una melancolía profunda, considerando la falsedad, la maldad del corazon humano, los males á que habia estado expuesto, los peligros de que acababa de liberarse.

Si no hubiera sido por Celia y Dorisa este suceso le hubiera acarreado tal vez la mas funesta desgracia. Para un corazon sensible, la traicion, la maldad de uno á quien creía su amigo, en quien habia depositado toda su estimacion, toda su confianza, era un golpe de muerte.

Celia disipó su humor melancólico, é hizo renacer la alegría y la tranquilidad. En lugar de entristecerme de este suceso, decia Leandro, debo alegrarme de él, me ha hecho descubrir la perfidia de un malvado, me ha libertado de un falso amigo, y he ganado la amistad de dos corazones sólidamente virtuosos.

Nuevo motivo de agradecimiento,
de

de estimacion. Celia es la autora de toda mi felicidad, ¡quánto no ha contribuido á ella, la prudente, la juiciosa Dorisa! Me han libertado de los peligros que me amenazaban, me han hecho conocer la virtud, ¡Qué debo aguardar! escoxamos una esposa á mi gusto, ¿quién puede ser sino Celia? ¿qué otra merecerá su amistad y la mia que Dorisa? ningun obstáculo puede oponerse ya á mi dicha.

Habló á Dorisa. Es ya tiempo, lá dixo, conozco bien el carácter de Celia. Estoy seguro de sus bellas qualidades: estoy cierto de que seré feliz con su mano. Dorisa se ofreció á hablar á su padre, hizo la mejor pintura del carácter, de las circunstancias de Leandro, que podria desearse: no añadió nada.

El buen anciano lloraba de gozo, de regocijo, buscó á Leandro. Vos haceis feliz á mi hija, y llenais mis últimos dias de un verdadero regocijo: no podia proseguir, no podia hablar, se va á echar á los pies de Leandro, es-

K

te

te quiere besar los suyos : sus brazos baxan á detenerle , se quedan enredados en ellos , se aprietan , se unen. Sus lágrimas se mezclan , sus palabras se confunden. ¡ Qué sentimientos tan dulces ! ¡ Qué placer tan inexplicable ! porque así como los sentidos no parecen bastar para sentirlo , así las palabras son débiles para expresarlo.

Leandro creía ver en el padre de Celia á su propio padre ; le amaba tanto como á él. Este le miraba como á su hijo , y le demostraba un cariño sin igual.

Huyamos, dixo Leandro, del tumulto de la corrupcion de la Corte; dexemos las grandes poblaciones á los ambiciosos , á los amantes del luxo y de los placeres , busquemos en el campo , en las aldeas la virtud , la sencillez , la inocencia , allí está la felicidad , allí se disfruta de la naturaleza y de sus ricos dones , allí nos ofrece los placeres que niega al ciudadano , y al inquieto habitante de la Corte.

A todos pareció bien la propuesta de

de Leandro, convinieron en que se verificarían las bodas en su pueblo. Los sencillos aldeanos se llenaron de regocijo al ver á su señor, su ayo le salió á recibir, ¡ cuántas veces había llorado sus extravíos!

Leandro conduxo á Celia á los pies del altar, para ratificar solemnemente el juramento que su corazón había hecho desde el primer instante que la vió, le acompañaban su padre, Dorisa, y sus parientes, le seguían sus vasallos. El gozo, la alegría, brillaba en el rostro de todos.

Unos lazos formados, no por el interés, sí por la virtud, no podía menos de conducir á la felicidad; todos hicieron tan próspero anuncio.

El gasto de las bodas fue grande. En la Corte no hubiera sido mayor, aún haciéndolas con todo lucimiento. Pero este gasto tan considerable, mereció los elogios de todos los hombres de juicio, de todas las personas honradas, el otro solo hubiera sido aplaudido por quatro locos.

En

En la Corte hubiera reynado el luxo: todo hubiera sido brillantez, esplendor, apariencia, Aquí reynó la beneficencia, la sencillez, la realidad. El dinero que en la Corte se hubiera consumido en ricas y exquisitas ropas, se empleó aquí en vestir á un gran número de infelices desdichados. Celia tenia un vestido sencillo que hacia brillar mas su hermosura.

En lugar de costosos equipages, compró un número considerable de todo género de instrumentos de labor que regaló á sus vasallos. No se sirvieron en sus mesas aquellos platos exquisitos y costosos, aquellos manjares delicados que excitan la gula y alteran la salud de los convidados. La comida fue frugal, sencilla, y sobre todo abundante. Las puertas del Palacio estuvieron aquellos dias habiertas para todos. Los patios, las galerias estaban llenas de grandes mesas donde se servia de comer á todo el que se presentaba.

Un sin número de actos de bene-

neficencia , señalaron aquel dichoso día. Leandro era feliz , y queria que su felicidad se extendiese á todos. Perdonó á sus vasallos sus deudas. Socorrió los necesitados , á los infelices. Dotó á las doncellas , protegió los casamientos , dando tierras y bienes á los nuevos esposos , proporcionándoles los medios de que prosperase su industria. Sus pueblos se prometian una felicidad igual á la que habian disfrutado en tiempo de su padre.

La vida de Leandro correspondió á tan buenos deseos , fue toda una cadena de beneficios. La pasó ocupado en llenar las importantes obligaciones de ciudadano y de padre de familias: como á tal dió á sus hijos la mejor educacion , fue el bienhechor de sus Pueblos. En esta vida quieta y retirada disfrutó mas felicidad , mas contento que en medio de los tumultuosos placeres de la Corte.

